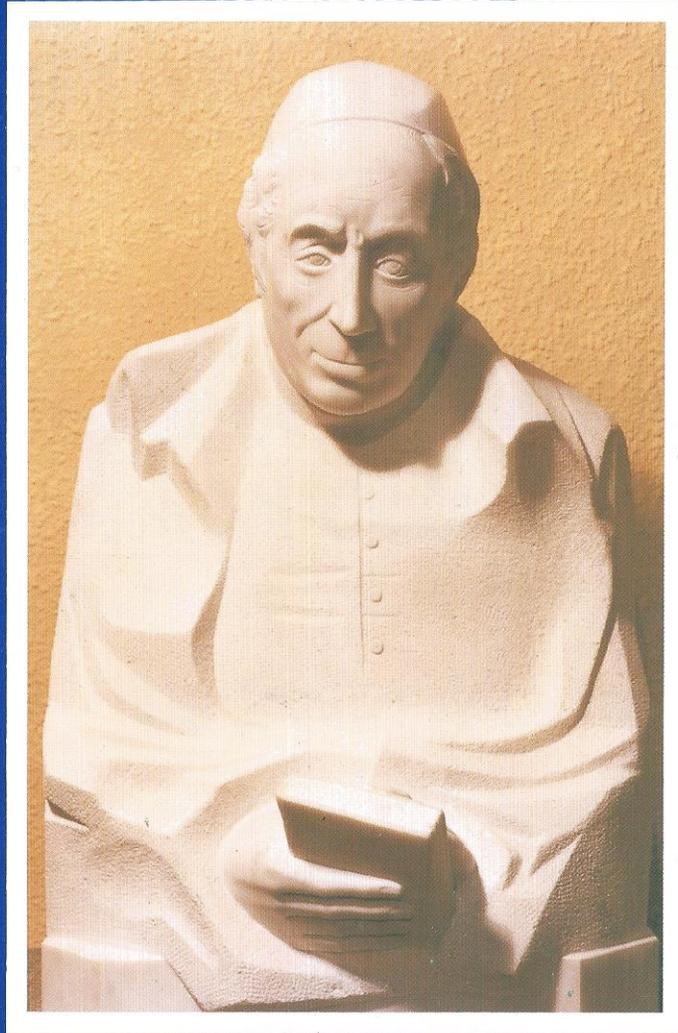


# JUAN BONAL



HEROE DE LA CARIDAD  
FUNDADOR DE LAS HERMANAS DE LA CARIDAD DE SANTA ANA



# **JUAN BONAL**

---

**HEROE DE LA CARIDAD  
FUNDADOR DE LAS  
HERMANAS DE LA CARIDAD  
DE SANTA ANA**

Por  
Hermana Rosario AZNAR

La vida del padre Juan Bonal, fundador, con la madre María Rafols, de la Congregación de Hermanas de la Caridad de Santa Ana, transcurre a caballo entre dos siglos, XVIII-XIX, y enmarcada en una época de cambios profundos.

Nace bajo el reinado de Carlos III, período de paz en el que florecen una serie de iniciativas reformistas y creadoras. Es la época de su infancia y juventud, en la que pudo realizar tranquilamente sus estudios, que tendrían como meta el sacerdocio.

El reinado de Carlos IV (1788-1808) se abre con los sucesos de la Revolución francesa y se cierra con el inicio de la guerra de la Independencia en España, con los dos famosos sitios de Zaragoza, que van a incidir decisivamente en la orientación de su vida en los años futuros.

Los últimos años de su existencia se caracterizan, en el plano nacional, por períodos alternativos de monarquía absoluta y constitucional e intentos de cambio hacia la modernidad, que muy lentamente, y no sin lucha, se va abriendo camino en España: Constitución de Cádiz (1812); absolutismo de Fernando VII a su vuelta del destierro en Francia (1814), al término de la guerra de la Independencia; trienio liberal o constitucional (1820-1823), y vuelta al absolutismo fernandino o «década ominosa» (1823-1833).

En este marco de cambios y convulsiones políticas, el padre Juan Bonal será, ante todo, un gran apóstol de la caridad. La entrega total, radical, de su persona y actividad en favor de los más desvalidos de la sociedad de su tiempo será heroica y altamente ejemplar, no sólo en su tiempo, sino también para el nuestro, porque la caridad no pasa jamás y, como nos lo anunciara el mismo Jesús, los pobres siguen estando entre nosotros.

## INFANCIA Y JUVENTUD

Nace el 24 de agosto de 1769 en Terradas (Gerona), pequeño pueblo del alto Ampurdán, a 12 km de Figueras y cerca de la frontera francesa. Sus padres, José Bonal, natural de Terradas, y Francisca Cortada, de Villademiras, viven junto a la preciosa iglesia románica del siglo XII, destruida a raíz de la guerra civil española. Constituyen un hogar cristiano, de sanas costumbres, vida sencilla, laboriosa, campesina.

Como es costumbre en la época, recibe el sacramento del bautismo muy pronto, a los tres días de su nacimiento, el 27 de agosto, administrado por don Vicente Bonacasa en la iglesia parroquial de Santa Cecilia de Terradas, y se le imponen los nombres de Juan José Jaime, siendo padrinos sus abuelos, Juan Cortada y Rosa Trilla de Bonal. Es el primogénito de la familia y le seguirán, al menos, cuatro hermanos más, ya que falta en el archivo parroquial el libro de bautismos y óbitos de 1775 a 1795, y eran frecuentes en ese tiempo las muertes en edad infantil.

También muy niño, antes de cumplir los tres años, recibe el sacramento de la confirmación, impartido por el obispo de Gerona, don Manuel de Palmero, el 1 de julio de 1772, en Figueras.

A pesar de ser el mayor, y por tanto el heredero según las leyes del país, renuncia a su derecho en favor de su hermano Jaime y sigue una vocación que le llevará lejos de aquella hermosa tierra y de los suyos.

Tras sus primeros estudios en Terradas y quizá en la vecina Figueras, donde había más medios, lo encontramos, ya con veinte años, en la Universidad Sertoriana de Huesca. Allí estudia dos cursos, de 1789 a 1791, y se gradúa de Bachiller en Filosofía el 30 de mayo de 1791, con excelentes resultados. Así aparece en un documento expedido en 1820 por el presidente de la Junta de Gobierno del Hospital de Zaragoza, don Vicente Ximénez:



«Estudió Filosofía en la Universidad de Huesca, distinguiéndose por su aplicación y lucimiento en su curso defendiendo y arguyendo varias veces en los actos públicos que todos los sábados se practican en dicha Universidad.

»Mereció defender conclusiones públicas, y en atención a su mérito le costeó dicha Universidad los gastos de imprenta, y la misma le condecoró, *omnino gratis*, con el grado de Bachiller de esta Facultad.»

Hace, y logra aprobar, oposiciones para la enseñanza de la gramática en Ripoll y San Pedor, ejerciendo en esta localidad barcelonesa actividades docentes a las que renuncia al poco tiempo, «por no abandonar su carrera».

En el colegio de los dominicos de Barcelona cursa tres años de Teología, terminando sus estudios en Zaragoza con un curso sobre Teología e Historia Eclesiástica. Nuevas oposiciones con éxito, esta vez en Reus (Tarragona), y allí se queda durante siete años dedicado a la enseñanza y a una intensa actividad apostólica, ya ordenado de sacerdote en los cinco últimos años. Parece que es aquí donde nace esa vocación de caridad hacia los más desvalidos, por la que va a renunciar a todo lo demás. En un certificado de 1820 se dirá de él:

«Además del desempeño completo de la enseñanza de la juventud, en cuyo desempeño permaneció siete años, se ocupó con edificación del público, según lo permitían sus tareas, en visitar los encarcelados y enfermos del Santo Hospital, y en los cinco últimos años, que fue ya sacerdote, además de los precitados, y otros actos de beneficencia, se dedicó a instruir niños desamparados y doncellas abandonadas, en exhortar con frecuentes pláticas que hizo en una de las Iglesias de la misma villa de Reus, al camino de la virtud, a la frecuencia de los Santos Sacramentos [...] resultándole de estos ejercicios un numeroso confesonario.»



Aquí aparecen ya los rasgos de su verdadera vocación de apóstol de la caridad: se preocupa de los presos, de los enfermos, de los niños abandonados, de predicar y confesar, para aliviar carencias y acercar a todos a Dios. Es lo que seguirá haciendo toda su vida, cada vez en mayor grado y en más radical entrega. Si antes dejó sus clases «por no abandonar su carrera», ahora las va a dejar por no abandonar su vocación de caridad.

### FUNDADOR DE HERMANDADES

Tras nueve meses como párroco en la villa de Montroig (Tarragona), donde ha servido «con mucha aplicación, celo y ejemplar conducta», como certifica el vicario general de la diócesis, don Manuel Antonio de Lasfuentes, el 24 de marzo de 1804, lo encontramos en el Hospital de la Santa Cruz de Barcelona, del que ha sido nombrado vicario el 2 de marzo de 1804. Era este un gran centro donde se cobijaban, según el amplio concepto de hospital en su tiempo, los seres más pobres e indefensos de aquella sociedad: enfermos sin recursos, niños abandonados, dementes, etc. Parece que su vida se va a estabilizar allí, donde encuentra ancho campo para su ideal caritativo apostólico. Pero, por entonces, están naciendo en Cataluña unas hermandades de caridad, de hombres y mujeres, que se consagran por entero a esa misma vocación que él ha intuido. Desde el Hospital de la Santa Cruz, donde tienen su origen, se van trasplantando a otros centros de Cataluña, con un mismo espíritu, aunque independientes jurídicamente entre sí. La transformación de los hospitales es notoria con estas personas vocacionadas que sirven con una exquisita caridad y entrega, con notable economía también.

La fama de esta experiencia llega hasta el Hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza, otro gran centro, de parecidas características al de Barcelona, fundado en 1425 bajo la protección del monarca aragonés don Alfonso V, con el título de «real» y «general» y el ambicioso

lema de «Domus infirmorum Urbis et Orbis», «Casa de los enfermos de la Ciudad y del Mundo». La Junta de Gobierno de este hospital, llamada comúnmente la *Sitiada*, se informa y hace gestiones para lograr un servicio semejante. En estas circunstancias, el padre Juan Bonal se traslada a Zaragoza, en septiembre de 1804, acompañado de un Hermano de la Caridad, para ofrecer esos Hermanos y Hermanas que tan buenos resultados estaban dando en Cataluña y que él mismo se dedicaba a promover, como recoge un informe del Hospital de Zaragoza, escrito en 1816:

«La Sitiada hizo venir a don Juan Bonal, que puntualmente se empleaba con el mayor celo en los Hospitales en auxiliar a los enfermos, procurarles socorros espirituales y temporales y sobre todo para que prosperase el proyecto, cuidar muy particularmente en catequizar jóvenes de ambos sexos que se resolviesen a emplear en obra tan santa, a que le ayudaban varios curas de aquel Principado con feliz suceso.»

La iniciativa parece partir del padre Bonal, pues en el borrador de ese informe las palabras «hizo venir» sustituyen a otra frase tachada, pero perfectamente legible: «... sin duda que se transpiró este pensamiento y llegó a noticia del presbítero catalán don Juan Bonal...». Más adelante aparece también tachado otro párrafo significativo: «... el objeto que traían de introducir en este Hospital una Hermandad de hombres y otra de mujeres, que se dedica respectivamente cada una al servicio inmediato de los enfermos de su sexo, y que si la Sitiada le permitía...».

La Junta del Hospital, o *Sitiada*, quiere sin duda resaltar en el documento su protagonismo en esta fundación, en la que ciertamente tuvo una parte fundamental. Lo cierto es que el padre Juan y la Junta se ponen de acuerdo, después de su estancia de «al menos un mes» en



el Hospital para hacerse cargo de su organización y necesidades. De común acuerdo, se redactan unos pactos con las condiciones y obligaciones de los nuevos Hermanos y Hermanas que el padre Juan había de traer de Cataluña, y él vuelve a Barcelona para preparar la expedición.

Poco tiempo necesitó para ello, pues, a primeros de diciembre de ese mismo año, escribe desde Barcelona que lo tenía todo acoplado y pronto se ponían en camino. Eran doce hombres y doce mujeres, Hermanos y Hermanas de la Caridad, decididos a entregarse en cuerpo y alma al servicio de los acogidos en aquel gran mundo del dolor y desvalimiento que era el Hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza.

Se desconoce la fecha exacta de la partida, pero se sabe que una de las Hermanas de esa primera expedición, Teresa Calvet, había vestido el hábito en Barcelona el 13 de diciembre. En una fecha inmediata debió empezar el viaje hacia Zaragoza de aquellos veinticuatro Hermanos, con el padre Juan Bonal a la cabeza, ligeros de equipaje e instalados en simples carromatos, con la incomodidad y peripecias fácilmente imaginables y la dificultad añadida de que «el tiempo estaba muy lluvioso».

La llegada a Zaragoza, en la tarde del 28 de diciembre de 1804, resulta un gran acontecimiento en aquella entonces pequeña ciudad. A pesar de que «era de noche y diluviaba», como cuenta la crónica, la gente se agolpa para recibirlos y casi no les deja pasar. Tras una visita al Pilar para pedir a Santa María su bendición y ofrecerle las primicias de aquella ilusionada empresa, se dirigen al Hospital, donde los recibe *la Sitiada* en pleno y un enorme gentío. Acogida cálida que se ve ensombrecida por alguna exclamación que queda en el aire, y también en la crónica, para perpetua memoria: «¡Así se rompieran las piernas antes de llegar arriba!». Era el presagio de una lucha sorda por parte de algunos empleados del Hospital que veían peligrar sus puestos y cortar sus actuaciones menos regulares. Lucha

que amenazará echar por tierra el proyecto, como sucederá pronto con la Hermandad masculina.

El día primero de enero de 1805 empiezan ambas Hermandades su servicio en los respectivos departamentos de hombres y mujeres. Pronto se advierte la transformación del Hospital: hay orden, limpieza y, sobre todo, un trato delicado, de entrega paciente, ungido de humanidad y caridad, por parte de aquellos que venían a servir a Cristo en el hermano.

El padre Juan se queda como pasionero, o capellán, del mismo Hospital, que contaba ordinariamente con seis sacerdotes para la atención espiritual de los acogidos. Al mismo tiempo, podía estar al frente de las Hermandades como director y así se le reconoce en la primera época.

El buen resultado de la nueva experiencia en Zaragoza mueve al obispo de Huesca, don Joaquín Sánchez de Cutanda, a solicitar algunas de aquellas Hermanas para el servicio del Hospital de Nuestra Señora de la Esperanza y de la Casa de Misericordia de aquella ciudad. *La Sitiada* accede a enviar dos hermanas que, con otras que vinieron de Cataluña y algunas jóvenes aspirantes, forman un grupo de doce: ocho para el Hospital y cuatro para la Misericordia. Es también el padre Juan quien actúa de intermediario, a lo que él mismo se ofrece «con reiteradas instancias», y acompaña hasta Huesca a esta nueva Hermandad.

Su entusiasmo de fundador es grande y sueña con la expansión y crecimiento de esa obra que está dando sus primeros pasos. Piensa, incluso, en la unión con otras Hermandades semejantes de Cataluña, constituyendo una sola congregación religiosa. Mantiene correspondencia con otro benemérito sacerdote catalán, don Jaime Cessat, párroco de Valls (Tarragona) y fundador allí y en Carvera (Lérida) de otras dos pequeñas Hermandades. Una carta de éste responde a sugerencias que le ha hecho el padre Juan, porque sabe que las comparte y las comprende,

reveladoras de toda la amplitud de su proyecto. Así contesta el amigo de Bonal:

«El proyecto de uniformidad de todas las Hermandades lo considero muy interesante pero no menos arduo. No sé si usted entiende la uniformidad en todas las de España, o solamente entre las del Reino de Aragón y Provincia de Cataluña. Si lo primero, sería el caso que en Madrid tuviesen las Hermanas una Superiora General...».

Y sigue trazando todo un proyecto de congregación religiosa, con todos sus elementos esenciales, aunque no se muestra muy optimista en cuanto a su realización. El padre Juan defenderá este ideal con tesón, pero la idea era demasiado nueva y chocaba con la concepción sobre la vida religiosa de la época, como exclusivamente de clausura, y con las juntas de gobierno de los hospitales que difícilmente toleraban vinculaciones jurídicas entre estos grupos que van surgiendo, ni dependencias ajenas a su autoridad. Su sueño no se haría realidad, pero la semilla estaba echada y daría fruto a su tiempo.

La rama masculina sucumbirá pronto ante las dificultades y el abandono de sus dos primeros superiores, llegando a desaparecer definitivamente en 1808. La Hermandad femenina, en cambio, con la madre María Rafols al frente, estará destinada, como el pequeño grano de mostaza, a ser árbol frondoso, pero esto será mucho más tarde y cuando ya el padre Juan, que tanto contribuyó a la siembra, no pudo verlo en la tierra. Sin embargo, durante toda su vida, aunque alejado físicamente de aquella Hermandad porque la Providencia le llevará por otros caminos, permanecerá estrechamente vinculado a ella y procurando su consolidación y expansión. En adelante caminará por caminos mucho más duros y menos brillantes, pero siempre a impulsos de un amor apasionado a Cristo y a los más desvalidos de la sociedad.

## LOS SITIOS DE ZARAGOZA

Cuando se han superado los primeros obstáculos y la Hermandad ha crecido en número, llegando a ser veintuna las Hermanas, gozando de la confianza de *la Sitiada* y asumiendo nuevos encargos en el Hospital, el acontecimiento tremendo de los dos sitios de Zaragoza por las tropas francesas, en 1808 y 1809, viene a frenar expectativas y a arruinar por completo el viejo edificio, bombardeado ya en el primer sitio.

En esos momentos terribles, el padre Juan, como las Hermanas, trabaja sin descanso en el traslado y acomodo de los enfermos, entre las explosiones y las ruinas, con grave peligro de su vida. Audiencia, lonja, casas consistoriales y particulares son refugio provisional en este desalojo apresurado y trágico. Pocos días después serán reunidos todos en la Casa de Misericordia. Más tarde, ante la continua afluencia de heridos, los enfermos civiles pasarán al pequeño Hospital de Convalecientes, donde quedará definitivamente instalado el Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Pero en éste todo faltaba además del espacio: camas, ropa, medicinas, alimentos... El padre Juan, siempre con la colaboración de las Hermanas, pide limosna por la ciudad, recogiendo hasta un puñado de trapos que servían para curas y vendajes. Todo es bienvenido cuando no se tiene nada.

Esta situación llega al límite en el segundo sitio, hasta la rendición de la ciudad en ruinas, cubierta de cadáveres, con una población exhausta, donde los enfermos, heridos y prisioneros son la mayoría. La ruina del Hospital es inminente y la miseria será endémica por muchos años, más allá de la vida de este sacerdote ejemplar, que dedicará por entero a remediarla.

Su actividad no se reduce sólo al Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Atiende a otros improvisados en cuarteles e iglesias para los combatientes heridos o enfermos,



para los prisioneros españoles que, a la entrada de los franceses, quedarán, en gran número, en Zaragoza. A éstos, los más desatendidos y peor tratados, les proporcionará alimentos, vestido y calzado; y con ellos, dicen significativamente los documentos, «la deseada libertad». Con limosnas y con sus propios recursos logra redimir a algunos, conforta y ayuda en lo posible a todos. Asiste igualmente a condenados a muerte, consecuencia trágica para algunos de los que habían participado en la resistencia de la ciudad.

Al padre Juan le vemos siempre allá donde hay una necesidad que socorrer, un sufrimiento que aliviar. Asiste también, de forma permanente, a los prisioneros enfermos aislados en Torrero, a las afueras de la ciudad, en condiciones infrahumanas. Y se da la circunstancia de que aquellos enfermos padecen, según dictamen de los médicos, fiebres «en grado de pútridas», es decir, contagiosas, tan frecuentes en aquellas circunstancias de miseria extrema. También algunas Hermanas acudirán allí durante el día para asistir a los enfermos. Cuando se trata de la caridad que roza el heroísmo, siempre están cerca del padre Juan para quien la abnegación no tiene límites y parece multiplicarse ante tanta necesidad apremiante.

El pan escasea y *la Sitiada* decide hacer una cuestación por la ciudad, recurriendo al hombre siempre disponible: «el presbítero don Juan Bonal». La miseria le quema y obtiene permiso del Director General de Policía para pedir limosna destinada a socorrer a esos prisioneros de Torrero. La distribuye según su caridad y la necesidad le dictan. Pero *la Sitiada* interviene con una orden perentoria: todo, dinero y ropa, debe entrar en el Hospital General y de la distribución se encargará el regidor, miembro de *la Sitiada*, que le toque de semana, prefiriendo siempre a los prisioneros enfermos en este Hospital. La cicatería de la Junta respecto a este hombre que se sacrifica, se humilla y se entrega en favor de los más necesitados, será muy

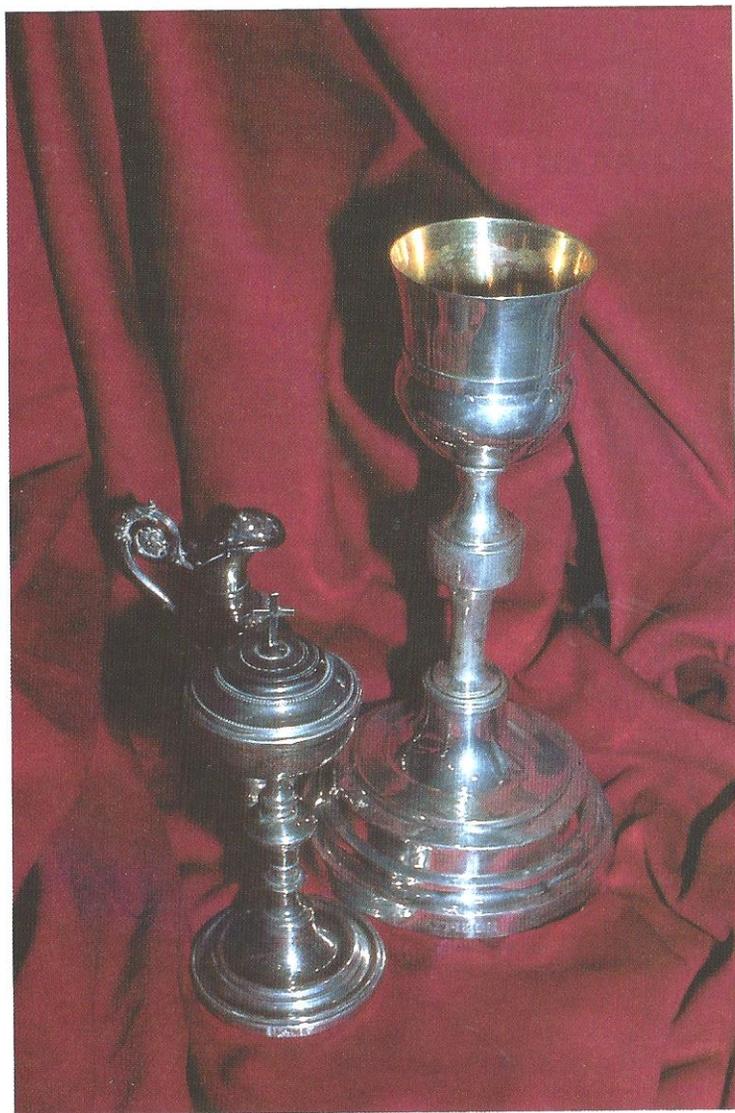
grande y sólo justificada, en parte, por la penuria en que se encuentra para sostener un centro que ha visto mermados, e incluso perdidos, todos sus bienes y fuentes de ingresos.

### SEPARACION FORZOSA DE LA HERMANDAD

Con la entrada de los franceses en Zaragoza se había producido la lógica organización de la ciudad y sus instituciones según las nuevas ideas de los nuevos dueños. También los cambios habían llegado al Hospital, cuya dirección se confía, desde el 29 de abril de 1811, a una nueva *Sitiada*, conocida con el apelativo de *afrancesada*.

Si antes de los sitios se estaban preparando unas constituciones para las Hermanas de la Caridad, con intervención directa del padre Juan, pues se conserva el manuscrito original con anotaciones de su puño y letra, con el fin de lograr la consolidación y el reconocimiento jurídico de aquella su obra tan querida, el proceso se detiene y la nueva Junta, presidida por el obispo fray Miguel Suárez de Santander, tiene unas ideas muy particulares sobre lo que aquella naciente Hermandad debía ser. Ideas, desde luego, muy alejadas de lo que el padre Juan y las mismas Hermanas soñaban. Será el propio obispo Santander quien, de acuerdo con la visión de *la Sitiada*, redacte unas constituciones que son, de momento, el golpe de gracia a sus aspiraciones. En la carta de presentación que las acompaña expresa ya claramente sus intenciones:

«He mirado la pequeña sociedad de las Hermanas, no como a unas pocas y pobres mujeres que en la actualidad sirven con edificación; no las he mirado como un niño en la cuna, de que nada hay que temer ni recelar; sino teniendo la vista puesta en los siglos venideros y escarmenado con los ejemplos pasados, que empezando débiles se hicieron fuertes y casi irresistibles, he cerrado enteramente la puerta a todo engrandecimiento por su parte, estable-



ciendo inalterablemente su absoluta subordinación a la Ilustrísima Sitiada, y total separación de todo manejo independiente. Esta es la piedra fundamental sobre que se levanta el edificio de estas Constituciones.»

Ese recelo a «todo manejo independiente» explica el interés por separar a don Juan Bonal de la Hermandad, de la que, con todo derecho, se puede llamar fundador.

Y ya en el texto constitucional dice el autor a las Hermanas:

«Vosotras no formáis una congregación religiosa aprobada por la Iglesia; no hacéis los votos solemnes, ni observáis clausura perpetua ni temporal; no sois más que unas siervas de Jesucristo destinadas al cuidado de los enfermos de este santo hospital, bajo la obediencia de su Ilma. Sitiada, del Regidor de semana, y de aquella persona a quien encomiende la distribución diaria, mensual o anual de vuestras ocupaciones.»

No sólo se cerraban las puertas a su ideal de constituirse en una congregación religiosa de tipo apostólico, sino que se sometía a la Hermandad a la indiscutible dependencia de *la Sitiada*, excluyendo toda autoridad o influencia ajena a la suya. Aquí tiene su origen la cadena de actuaciones encaminadas a separar al fundador de su obra.

De nada sirven las justas y respetuosas objeciones que, en nombre de todas las Hermanas, presenta por escrito la presidenta del grupo, madre María Rafols. La respuesta de *la Sitiada* es terminante: que las constituciones se pongan inmediatamente en ejecución. Y se muestra sorprendida de la reacción de quienes habían de cumplirlas, o más bien de «quien les dictó su exposición», en clara alusión al padre Juan, que suponían estaba detrás.

El malestar en el seno de la Hermandad es patente. El número de Hermanas disminuye: dos han muerto por este

tiempo, hay otra gravemente enferma y una cuarta se ha trasladado a un convento, iniciándose así un éxodo de Hermanas ante la poca esperanza de futuro. La nueva superiora, elegida al entrar en vigor las nuevas constituciones, pide y obtiene permiso para admitir cuatro jóvenes aspirantes. El padre Juan, encargado hasta ahora de estas vocaciones que él mismo promovía en Cataluña, presenta un pliego de condiciones con las que habían de ingresar las pretendientes. La respuesta de *la Sitiada* es tajante: «Las pretendientes a Hermanas, y la Hermandad en sus admisiones, deberán arreglarse en todo a las constituciones».

Esto ocurría en los últimos meses de 1812. La separación definitiva del padre Bonal tendrá lugar, aunque indirectamente, el 1 de abril de 1813, con el nombramiento de un director para la Hermandad –«superior inmediato» se le llama– en la persona de don Miguel Gil, ex franciscano y director del Seminario de San Carlos de Zaragoza. El nombramiento está hecho con toda solemnidad por el obispo Santander, y termina con estas palabras: «... en cuya virtud esperamos reconozcáis como revestido de nuestra jurisdicción, al expresado D. Miguel Gil, y como únicamente diputado para vuestro interior aprovechamiento».

Está claro que la dirección del padre Juan Bonal y su influencia en la Hermandad quedan descartadas, y esta situación no cambiará con el cese de *la Sitiada afrancesada*, tras la salida de los franceses de España, y la restitución de la antigua *Sitiada*. En este punto, sus ideas serán coincidentes. Al tener que salir también de España, como afrancesado, don Miguel Gil, se encarga definitivamente la dirección espiritual de las Hermanas al señor presidente y directores del Seminario Sacerdotal de San Carlos.

El malestar en la comunidad continúa y el padre Juan, en un intento de estar más cerca de las Hermanas y poder ayudarlas, ruega se le conceda la habitación del carpintero, dentro del Hospital, pues ocupaba unas dependencias del vecino convento de la Encarnación de monjas carmelitas,

en ese momento exclaustadas, cedido por el gobierno francés al Hospital para ampliación de sus instalaciones. La respuesta es negativa y la razón que se le da es que esa habitación ha sido ya adjudicada a un funcionario del Hospital. Pero esta adjudicación aparece precisamente en la misma acta, inmediatamente antes, que la negativa al padre Juan.

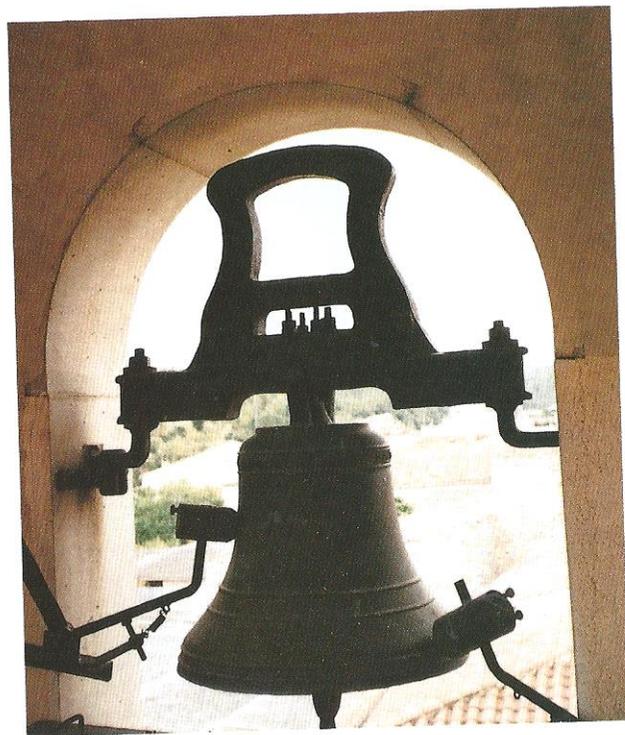
Finalmente, don Benito Fernández de Navarrete, regidor de *la Sitiada*, se expresa clara y terminantemente, en acta del 22 de noviembre de 1813, en estos términos:

«Que entendía desde luego se debía prevenir a Mosén Juan Bonal, que no solamente debe abstenerse, como ya lo hace, de confesar a las Hermanas, sino que evite en lo posible hablarles sobre asuntos de la misma Hermandad, sin que por esto se entienda perjudicarle la *Sitiada* en el buen concepto que se merece por su virtud, celo y aplicación en la asistencia de los pobres enfermos.»

Y muy pronto, el 2 de diciembre, se trata en Junta sobre «excitar» su caridad para que salga a pedir limosna de ropa para el Hospital. A la necesidad urgente y real se une, muy probablemente, la intención tan reiteradamente expresada de alejarlo de su obra. Así consta en acta:

«En consideración a la falta de lienzos que hay en el Hospital, ha acordado la *Sitiada* excitar el celo y caridad de don Juan Bonal, para que, acompañado de los sujetos que le parezca, vea si quiere encargarse de salir por la ciudad a hacer una cuestación.»

Verdaderamente hacía falta mucha caridad, y mucha humildad también, para aceptar una tarea tan poco gratificante de quienes con tan poca consideración le habían tratado respecto a otras tareas que le eran más propias. Pero esas llamadas al sacrificio por el bien de los hermanos más



*Campana de la iglesia de Terradas*

necesitados siempre encontrarán eco en el corazón bueno de este fiel discípulo de Cristo que quería también pasar por este mundo haciendo el bien.

Desde este momento, y con cortas interrupciones, el padre Juan recorrerá caminos cada vez más alejados del Hospital de Zaragoza, verdadero centro de sus desvelos, por gran parte de la geografía española, a lomo de caballo, allegando recursos para aquella institución de economía ruinosa, para la que los miles de reales o los géneros de toda especie que iba enviando Bonal, si no eran la solu-

ción, sí suponían una ayuda considerable conseguida a costa de fatigas y sacrificios sin cuento de este «don Quijote de la Caridad», como le llama el historiador que ha investigado su vida en los fríos documentos oficiales: don Ignacio Tellechea.

### **LIMOSNERO Y VEREDERO EN FAVOR DE LOS POBRES**

Este es el capítulo más largo y denso de la biografía del padre Juan Bonal, que abarcará prácticamente hasta el final de su vida. Sin olvidar su vocación de fundador, de la que aparecerán ráfagas de vez en cuando, tanto por su parte como por la de las Hermanas de la Caridad, le vemos ya convertido en «veredero» del Hospital. Respecto al significado de este término en su tiempo, entre sus varias acepciones la que más se acerca a la misión del padre Juan es la de «enviado con despachos u otros documentos para notificarlos, publicarlos o distribuirlos en uno o varios lugares». En su caso, quien envía es la Junta de Gobierno del Hospital, o *Sitiada*. El enviado, el padre Juan, había de ir cargado de despachos, documentos acreditativos de su persona y misión. El mensaje fundamental: la ruina del Hospital y la apremiante dificultad en que se encuentra para el sostenimiento de aquella numerosa población doliente, venida no sólo de Aragón sino también de otras regiones españolas. En las actas de *la Sitiada* se van reflejando los resultados de esas cuestaciones o nuevos encargos y salidas. Por ejemplo:

«El Guardarropa mayor se carga diferentes ropas de las limosnas que ha recogido por los pueblos el Presbítero D. Juan Bonal, y remitido el mismo en 7 paquetes con el ordinario de Calatayud.»

«Habiendo llegado el P. Juan de su vereda se acordó: que las ropas y efectos de hilaza que le vayan llegando, se

entreguen en la Guardarropa mayor; y se den a tejer inmediatamente las madejas que haya recogido, y hecho, se hagan las sábanas y camisas que se puedan; y el dinero que hubiese traído, que lo entregue al receptor, y que éste lo guarde precisamente para comprar lienzos, haciendo diligencia para efectuarlo cuanto antes se pueda.»

«Respecto que Mosén Juan Bonal debe salir a la vereda de ropas, y para verificarlo ha ajustado un caballo en tres y media onzas de oro que solicita se le entreguen, se resolvió que se le libre dicha cantidad para que el Receptor se la pague, de la que le entregó de los productos de la anterior salida.»

«Se hizo presente que han llegado algunas gallinas, y se irán trayendo más, de la vereda de D. Juan Bonal, con cuyo motivo se acordó: que con arreglo a lo resuelto anteriormente sobre este punto, se consuman todas las gallinas que lleguen al Hospital, conservándolas en el mismo, para ir gastando tres cada día, echándolas en la olla de los sustentos, y distribuyéndolas en raciones por orden en las salas de calenturas.»

Y así una larga serie que revela, al mismo tiempo, la actividad caritativa del «veredero» y la miseria extrema del Hospital, que tiene que estirar las gallinas para el caldo y la comida de los enfermos. El fruto de sus veredas es escrupulosamente anotado por el guardarropa mayor, cuando se trata de ropa, y por la contaduría si se trata de dinero u otros efectos, porque de todo recogía el padre Juan: gallinas, cabezas de ganado, lana para colchones, trigo, cebada, judías, etc.

Se habla de sus salidas, de sus llegadas, de los documentos que se le dan para acreditar su persona y su dependencia del Hospital. Muchas veces se ve cómo le piden cuentas del último maravedí, mientras a él le pagan su mó-

dico sueldo hasta con tres y cuatro años de retraso, como la misma *Sitiada* reconoce en un certificado:

«El corto salario que por la escasez y necesidad de la Santa Casa tiene señalado este sacerdote y demás, como también todos los dependientes de ella, no se les puede pagar.»

Cada vez las veredas se van haciendo más prolongadas, más distantes y organizadas, con frutos también más abundantes. Mientras, por parte de los gobiernos y *sitiadas* de turno, todo se reduce a dar y pedir informes, a reclamar deudas atrasadas, a burocracia y fiscalización; el padre Juan se mueve, hace lo que está en su mano a costa de mucho sacrificio, porque el hambre de cada mañana no espera los cambios de estructuras. Será el gran embajador de los pobres durante veinte años. Recorría caminos por aquella España terriblemente empobrecida, en la que también se encontraba con la miseria material y moral.

Pero el padre Juan no sólo era un limosnero o un dependiente del Hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza; era, ante todo, un sacerdote y un apóstol. En su recorrido por multitud de pueblos de España, pide licencias a los obispos de las diversas diócesis por donde pasa para ejercer su ministerio sacerdotal. Predica y pasa muchas horas en el confesonario, dejando a su paso una limosna mucho más valiosa que el pan que mendigaba: el perdón y la paz. El mismo, en una instancia al obispo de Huesca pidiendo licencias, dirá:

«A más de esto, como sacerdote que debe estar revestido con celo de la salvación de las almas, se propone otro objeto, y es misionar y confesar en los días que puede permanecer en los pueblos, sin detrimento de su comisión, excitando a las gentes al arrepentimiento de sus pecados, cooperando a las santas intenciones de la Suprema Cabeza de la Iglesia, del Rey nuestro Señor y celo de los Prelados.»

Castro, y España.  
Si alguna persona de esta parte  
se junta alguna con el calor de la  
Hermandad, con amor, y devoción  
de Dios, y Superior, para ayudar  
con la diligencia, y los recursos que  
se despiden piores, y peores de ellos,  
con la asistencia, y la formación de ella  
a la Hermandad, ha de ser para  
servir a los intereses de ella, o  
de ella, o en parte, según el valor  
de la caridad de cada uno de los miembros  
sea a favor de la misma Hermandad,  
y no para servir de otro fin,  
de los gastos para mantener a el caso  
de la Hermandad.

4<sup>a</sup> Se encarga a la Hermandad  
se servir de sí, y cuidar de los  
los padres de sus hijos de ella  
como lo tiene prometido tantas  
veces en las Sagradas Letras, y  
así confiado en Dios, procure  
viva santamente, y de la misma  
Dios cultura.

## Cap. 6.<sup>o</sup>

### De la virtud de la Hospitalidad

1<sup>a</sup> Esta virtud que gusta a nuestros Señores  
han expresada por los Santos Dios, y que  
es el fundamento de la vida principal de la  
misma Hermandad, la de caridad, y  
con este general título con aquel orden  
y régimen, y se regule en su ejecución  
las almas de los de la parroquia, con  
los otros enfermos, y con la gente  
más necesitada.

2<sup>a</sup> Nuestros Hermanos de día, y de  
noche atiendan a los enfermos, enfermos,  
con toda caridad, y amor, mirando  
a cada uno de las personas de Christo,  
y lo mismo en su vida, con los de una  
misma mayor, y peyor, y con palabras,  
y obras a sus enfermos, y el aliento  
de consuelo a sus dolientes, acordando

Páginas del «Cuadernito del padre Juan» con el que las primeras Hermanas se lanzaron por los caminos del amor y de la entrega



En octubre de 1814, él mismo propone salir «por los pueblos del Reino» para recoger ropa blanca «y todo lo demás que le dieran los fieles». Ya no hará falta que le inciten, él ve la necesidad y comprueba los buenos efectos en orden a remediar tanta penuria. Como siempre, se entrega en cuerpo y alma, y el resultado es muy positivo. Pero los administradores del Hospital, que eran administradores de deudas, se muestran muy celosos de los reales que el padre Juan recogía haciéndose pordiosero. Empieza para él ese martirio de la burocracia y la fiscalización, exigiéndole rendimiento de cuentas minucioso y detallado, para que puedan contabilizarlo las oficinas respectivas.

Quizá no era demasiado organizado el padre Juan, no era un contable, sino un hombre de Dios que se olvidaba de sí para pensar en los demás. Conocía perfectamente las necesidades más urgentes de sus destinatarios y, a veces, quería remediarlas directamente (¡había tantos agujeros que tapar en el Hospital!); pero los pobres, los enfermos, los niños expósitos y las amas que los crían, los dementes, no podían esperar. Ahí estará la causa de las fricciones, más con la administración que con los verdaderos rectores del Hospital.

Para esa salida de 1814 le entregan un libro donde irá anotando todas las limosnas que le den. El lo cumple escrupulosamente y, gracias a ello, pueden seguirse sus pasos, saber los pueblos que va recorriendo y una porción de datos que él va anotando y nos revelan, indirectamente, algunos rasgos de su personalidad.

En sus postulaciones le acompaña el párroco, alcalde o persona de respeto de cada pueblo, que debía firmar tras la lista de las limosnas, aunque a veces firma sólo el padre Juan por ser el único que sabía escribir. Ese libro recoge las veredas de 1814 a 1816, en las que llega hasta Navarra y Vascongadas.

El fruto es abundante: además de muchos miles de reales, recoge numerosas piezas de ropa, de las que algunas sólo sirven para el «desgarro», trapos empleados para cataplasmas, vendajes y curas, cantidades considerables de cereales, legumbres, etc.; pues las gentes, pobres también las más de las veces, daban para otros pobres lo que tenían: parte del fruto de su pequeña cosecha.

Respecto a las notas que él va añadiendo de su propia mano en el libro donde se registra escrupulosamente la limosna, se puede apreciar que destaca siempre lo positivo, tanto de las personas como de los pueblos y autoridades que le acogen o acompañan. Y las dificultades que, con frecuencia, encuentra en su camino las presenta muy suavemente y con delicada caridad hacia las personas. Es prudente y amigo de la paz. Disculpa siempre, aunque tenga que decir que las cosas no van bien. Estos son algunos ejemplos de los muchos que se encuentran con expresiones semejantes:

«Se esmeraron los de este pueblo en socorrer a los pobres enfermos y con toda caridad y vigor persuadían a los vecinos los señores Regente y cuestor y Alcalde» (Grisén).

«Los señores Cura y cuestor me acompañaron con todo esmero y caridad» (Urrea de Jalón).

«Los señores firmados se esmeraron sumamente en favor de los pobres del Santo Hospital» (Epila).

«Esta villa se ha esmerado y distinguido en la asistencia de la recolección y contribución de la limosna tan precisa» (Arándiga).

«En esta villa me acompañaron los señores del Ayuntamiento y señor cuestor con toda caridad» (Tiergo).

Así en casi todos los pueblos. Cuando no tiene nada positivo que decir, calla. Sólo en contadas ocasiones insinúa la dificultad:

«En la Almunia y Ricla no se pidió atendiendo que los curas querían prevenir antes a los parroquianos y accedí.»

«En esta villa no se siguieron las calles; nos dieron esta limosna separadamente pareciéndoles que era mejor, pero a mi modo de pensar se habría recogido bien, mas no quisimos disputar con el Cura y cuestor» (Sabiñán).

«En este lugar, si otro pedía la cuestoria, debería dársela, que no creo pueda pagar el cuestor, aunque buen hombre. Está a mi modo de ver imposibilitado. Me dieron hospedaje en casa de un sacerdote» (Morata de Jiloca).

Los cuestores, nombrados en cada pueblo por la Junta del Hospital, estaban obligados a contribuir con medio cahíz anual de trigo y a hospedar a los verederos, a cambio de algunos privilegios y exenciones.

Con el producto de la vereda compra el padre Juan, en Bilbao, setenta y dos piezas de lienzo, que son detenidas en la aduana. Se recurre nada menos que al rey, que concede la dispensa del pago de los derechos correspondientes, pero aun así quedan retenidas quince piezas que tardarán en recuperarse. Estos percances y otros más graves serán frecuentes en su ingrata misión de embajador de los pobres.

### **COLABORACION DE LAS HERMANAS Y PARTICIPACION EN UN MISMO IDEAL**

Precisamente en el asunto de la aduana y en las gestiones para obtener unos despachos del rey en favor de la comisión de Bonal, aparecen las Hermanas de la Caridad recomendando su causa al general Palafox, defensor de

Zaragoza en los famosos sitios, que entonces residía en Madrid. La superiora, madre Tecla Canti, y la madre María Rafols le escriben una carta que refleja una relación de confianza con el caudillo aragonés, nacida quizá en aquellos momentos trágicos en los que la madre Rafols y sus Hermanas fueron verdaderas heroínas de la caridad. Es también una muestra de que la relación con el padre Juan, su fundador, seguía siendo muy estrecha y luchaban por un mismo ideal. Esto es lo que dicen a Palafox:

«El Sacerdote citado se llama Dn. Juan Bonal, que estuvo en los dos Asedios, acomodándonos, y cuidando de los enfermos; salió el año pasado para una limosna extraordinaria, y el fruto fue tal cual copioso de modo que la ropería se ha puesto corriente, cuando apenas podíamos mudar los enfermos. Trata de segunda salida; ha compuesto unos despachos, que se los remitiremos a V. E. supuesto que en ellos se habla de las pérdidas presenciadas por V. E. y esperamos que V. E. cuidará en interesarse con S. M. sobre la aprobación de dichos despachos, como también en todo lo demás conducente a los pobres enfermos y a nuestro estado [...]

«Cuando llegaron las piezas de lienzo de seis palmos de ancho de muy buena calidad, se representó a S. M. sobre la franquicia de derechos, y nos concedió la bondad del Monarca la gracia pero se quedaron los de la Aduana 15 piezas, y sin embargo que hemos practicado varias diligencias, se ha manifestado el Decreto, nada hemos podido conseguir. Ignoramos la causa...»

No es este el único caso en que consta esa comunicación y cercanía, identidad de miras y colaboración entre el padre Juan y las Hermanas de la Caridad, a pesar del alejamiento oficial y las salidas continuas de su fundador.

Una carta de don Narciso Xifreu, capellán del Hospital de Gerona, donde existía también una pequeña

Hermandad, contestando a otra del padre Juan, nos revela cómo éste seguía con su ideal de unión de Hermandades en una sola congregación religiosa y trabajaba para conseguir su realización, junto a las hermanas de Zaragoza y de acuerdo con ellas. El documento es suficientemente expresivo:

«Gerona, 13 octubre 1814.

»Muy Señor mío: Recibí la de vuestra merced con el mayor aprecio, y aún apreciaré mucho más el trabajo que se ha tomado en reunir de los preciosos libros que vuestra merced cita lo más selecto y concerniente a personas de la consabida profesión. Mi intención en esto es limitada, aunque no puedo negar que mis deseos tienen la extensión que vuestra merced me hace el favor de suponerles. Mas cuando sólo se consiga que una sola alma llegue a santificarse más en el estado en que vive, me parece que esto es tan grande, que bien puede darse por satisfecho cualquier trabajo.

»Me conformo con el dictamen de vuestra merced de que al presente conviene andar con alguna reserva, y sobre todo aquí, donde la actual constitución del Hospital como vuestra merced tal vez se acordará, debería variarse en algo de substancial para el nuevo establecimiento. Además, habiéndose tanteado alguna que otra vez el ánimo de sus actuales Hermanas, a excepción de dos, las otras están en que nada se innove. Y también por lo que vuestra merced me insinúa (y de que me gozo sumamente en el Señor) que hay quien trabaje en consolidar un Instituto tan santo hasta elevarle al grado de una Profesión religiosa.

»Si Dios, entre las infinitas misericordias que ha derramado sobre nuestro Reino, nos hiciere la de verle fecundado con el nuevo parto de la Caridad y de una caridad que jamás podría parar en ociosa y a ser blanco de las lenguas mordaces, porque como dijo Ntro. Señor Jesucristo,

Pauperes semper habetis vobiscum. Confíemos. Dios lo hará, si se lo pedimos como El mismo nos enseñó.»

Y en un plan que se presenta a los visitadores reales del Hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza, seguramente con intervención del padre Juan, en orden a la consolidación de la Hermandad, se expresa claramente ese deseo de unión de Hermandades:

«Después del arreglo de la Hermandad, tal vez convendría que se uniese con la de Huesca, Valls y Gerona, y alguna otra que desease. En cuanto a las tres primeras, me parece se lograría, la de Gerona está en manos del Ilmo. Señor Prelado de aquella Ciudad, actual Visitador Real de este Santo Hospital.»

También consta que, desde sus veredas, escribía a las Hermanas de Zaragoza. En una pequeña nota dice a la superiora que les ha escrito dos cartas, de las que no ha recibido contestación. En otra carta que dirige al secretario del Hospital, le encarga: «A las Madres María y Tecla, si tiene ocasión, les manifestará en donde me hallo, y que me encomienden a Dios con todas las Hermanas». Ciertamente, nunca pudo olvidar su primera vocación de fundador y aquella obra que le era tan querida.

## LA MAS LARGA Y DURA VEREDA

Animado el padre Juan con el fruto de sus salidas, que remediaban tantas carencias, él mismo prepara un plan más ambicioso: la vereda de 1817 a 1818, que durará casi un año y se convertirá para él en una verdadera noche oscura. Su plan se modifica de acuerdo con *la Sitiada* y, sobre todo, con la muy exigente «contaduría» o administración del Hospital. Debían salir dos grupos, presidido cada uno por un sacerdote: don Juan Bonal, como director principal de la vereda, y don Vicente Oliver, otro capellán del



Retablo de la iglesia del actual Hospital de Ntra. Sra. de Gracia

Hospital. En cada grupo, además, iría un ayudante secular para llevar los libros de cuentas con una contabilidad minuciosa y complicada, un criado y dos caballos como medio de locomoción y transporte.

Aparecen aquí dos personajes que van a constituir para el padre Juan una auténtica pesadilla: el contador del Hospital, Francisco Santolaria, y el ayudante de vereda, Mariano Sanclemente. Este es amigo del contador y es propuesto por él para que controle al padre Juan. Ya había participado en la vereda anterior, y no entraba en la terna propuesta por el mismo padre Juan para esta nueva vereda, siendo quizá éste el motivo inicial de disgusto con él, que irá alcanzando proporciones increíbles.

Ya antes de emprender esta vereda, el contador se queja a *la Sitiada* de informalidades en las cuentas de las limosnas recogidas por el padre Juan anteriormente, deteniéndose en minuciosidades que, si no causarían pena, harían sonreír. Por ejemplo: ha comprado una silla para el caballo, pero no dice quién es el maestro sillero y la clase de silla. Asimismo, cebada para el caballo; pero ¿en qué días y a qué precio? Necesitaba saber no sólo las gallinas que entran en el Hospital sino también las que se matan y las que mueren «de muerte natural». Le parecen excesivos los salarios que se dan a los ayudantes de la vereda...

Menos mal que *la Sitiada* le defiende, reconociendo «la buena fe con que ha procedido y satisfacción que tiene de la persona de dicho eclesiástico». Pero, en adelante, deberá ajustarse –le dicen– a las reglas prescritas por la contaduría. El, acatando como siempre las órdenes, se expresa con sencillez y sinceridad:

«Atendiendo que el primer y principal móvil de este objeto ha sido sacrificarse por el bien de los pobres, sin atender las inclemencias de los tiempos y otros trabajos que gloriosamente se pueden sólo padecer mirando únicamente un objeto tan sagrado.»

Claramente expresa en estas palabras un objetivo: el bien de los pobres. Un camino: el trabajo, el sacrificio. Y un móvil: la caridad, que transforma el servicio a los pobres en algo sagrado.

Al fin se pone en marcha la comitiva con órdenes precisas. Debían dar cuenta semanalmente del resultado. Los dos sacerdotes, con sus respectivos ayudantes y criados, procurarían no caminar juntos para no ser gravosos a quienes tenían que hospedarlos, pero «en ningún evento se había de separar el ayudante secular del director eclesiástico respectivo». Sanclemente, el compañero del padre Juan, va a constituir su sombra y a realizar fielmente su encargo de vigilancia e información.

Recorrerán pueblos de Aragón, Cataluña, Castellón, Valencia y Alicante. Las fatigas y dificultades del camino se reflejan a veces en breves frases, pero muy expresivas. Por ejemplo, durante el viaje de Andorra a Calanda por tierras de Teruel, tuvieron que acompañarlos «con escopeta, por haber mala gente en el tránsito». Los caballos se van agotando, el padre Juan se ha caído tres veces y «al entrar en una laguna casi se ahogó. Se mojaron papeles y libros y Dios le guardó».

Pero esto no era lo peor. Se conservan muchas cartas de Sanclemente a su amigo, el contador del Hospital, que reflejan una incompatibilidad absoluta y una disconformidad continua con el padre Juan, en un *crescendo* impresionante. Pero a la larga, por contraste con el aguante y la mansedumbre del hombre de Dios, las acusaciones no hacen más que resaltar la figura de este apóstol de la caridad, junto a la bajeza, la mezquindad, de su acusador constante. El mismo contador del Hospital dirá:

«Que reconoce en el Pbro. D. Juan Bonal un sacerdote animado de la caridad más ardiente y decidido a procurar a este Santo Hospital todos los auxilios de que necesita para

su sostenimiento, poniendo en uso cuantos medios le sugieren su celo y eficacia.»

Sanclemente empieza por pelearse con los otros compañeros de vereda, recordándoles constantemente su obligación de respetar el plan trazado. Pero en seguida empiezan las críticas al mismo padre Juan, cada vez más agrias:

«Este hombre es muy celoso para la Santa Casa, pero al mismo tiempo muy terco.»

«Está incomodado conmigo porque no me separo de su merced, pero ya le he dicho que no lo haría sin orden expresa.»

El padre Juan quería que se separasen no sólo él, sino también el criado y los caballos, por no asustar a los cuestores que tenían obligación de hospedarles. En esta ocasión suponía mantener a tres hombres y dos caballos, una carga excesiva en aquel empobrecido mundo rural de la época. Cuando se alojaban todos, él quería pagar por los ayudantes y caballos. Es un rasgo de delicadeza y muestra de su sentido de la justicia, que Sanclemente no compartía. Todo se lo cuenta a Santolaria, el implacable contador, «en términos que no llegue a comprender que yo he sido el que a usted se lo ha dicho».

Otra forma de ayuda al Hospital era la inscripción en la Archicofradía de Nuestra Señora de Gracia, instituida por Carlos V en aquel centro. A los que en su ruta se iban inscribiendo, el padre Juan les entregaba un documento, o bula, en que constaban las gracias espirituales de que se gozaba y se anotaba el nombre del nuevo cofrade o hermano. También en esto encontraba su ayudante motivo de crítica, por la excesiva generosidad en el reparto de las bulas:



*Libros de la primera Hermandad, que se conservan en el museo de recuerdos de la Casa General*

«También digo a usted que hace un abuso total de las bulas, pues a muchos les da por un real de vellón, y a la mayor parte por media peseta, y ha habido algunos que por seis cuartos y también a algunos de gratis.»

No era un pesetero el padre Juan, ni un vendedor de bulas a los pobres, sino un hombre lleno de la más exquisita caridad para con todos. Aceptaba el óbolo de la viuda y no dejaba a nadie avergonzado o frustrado, aunque no le pudiera dar ni un cuarto.

Empiezan también las quejas contra la predicación y las muchas horas dedicadas al confesionario por parte del padre Juan, que para su ayudante eran pérdida de tiempo, con el consiguiente gasto:

«Desde que hemos entrado en Cataluña no sabe más que predicar en catalán y confesar hasta las cuatro de la tarde y así es que hacemos un tercio más de gastos que no haríamos.»

Es una faceta de su ministerio sacerdotal que no abandonará nunca, otra forma de su abnegada caridad. Pasará, como su mismo delator reitera en numerosas ocasiones, largas horas escuchando a las gentes sencillas tan necesitadas muchas veces de consejo, atención espiritual y paz, en iglesias oscuras y gélidas tantas veces, sin concederse tiempo para descansar y aun para comer. Un limosnero a sueldo como Sanclemente no puede comprender al misionero que se desgasta por el bien de la persona entera, también por sus necesidades más profundas.

Las quejas van también contra el otro ayudante, que no lleva las cuentas según lo previsto en el plan. Con sus denuncias constantes consigue que lo echen en plena ruta. El padre Juan lo siente y, una vez más, da muestras de su buen corazón y sentido de la justicia. El habla pocas veces,



pero cuando lo hace es siempre para defender, nunca para acusar. Y esta vez escribe al barón de la Torre, miembro de la *Sitiada* encargado de estos asuntos, desde Las Cuevas de Vinromá (Castellón), el 8 de noviembre de 1817:

«Es verdad que el señor D. Pablo Liberati no está versado en papeles, pero ha sido y es hombre de bien [...] Tengo presente que dicho Liberati en la última vereda recogió limpio para la Casa diez mil o más reales vellón; y si el compañero me hubiese avisado, habría yo procurado que dicho Liberati se hubiese despedido y lo hubiera hecho cuando estábamos cerca de Reus, su tierra, o bien se le habría avisado para que en el término de tantos días se hubiese buscado su conveniencia. No es mi ánimo en esto oponerme a la disposición de la Ilma. Junta; sí sólo decir las cosas con aquella claridad que Dios manda, pues yo opino que a ninguno de los ayudantes debe despedirse, es decir, no debemos nosotros los sacerdotes ser la causa de que por nuestras quejas, si no son de grande fundamento, se despida.»

Al despedido le paga su salario más una gratificación de cuatro duros, lo que también es motivo de comentario por parte de Sanclemente: «Le dije que no ganaba yo más». El padre Juan se muestra siempre generoso con las gentes que le ayudan o prestan algún servicio en el camino, tan pobres como aquellos que eran objeto de sus desvelos. Pero estos nobles sentimientos no los compartía su compañero, del que siguen llegando puntualmente a Zaragoza sus informaciones:

«No sabe salir de un pueblo que, a su parecer, producen algún efecto sus sermones misionales, esto es, en cuanto a los bienes espirituales; pues he acabado de comprender que, como tenga concurrencia en el confesonario,

nada se le da estar seis y ocho días en una población, resultando de esto gastos que no debíamos causar, pues en ésta [Valencia] hace que estamos seis días de más por su terquedad. Ya puede usted conocer el gasto que hacemos en una posada seis hombres y cuatro caballos. Yo se lo aviso a usted a fin de que tome las medidas oportunas.»

Y en vista de que no parecen surtir efecto sus continuas insinuaciones al contador, se dirige a más altas instancias, como el mayordomo del Hospital, en un tono marcadamente despectivo:

«Todo el mundo hace mofa de su merced. No sacamos limosna, porque quita la voluntad con las necias predicaciones a aquellos que la tienen.»

No debían ser tan necias sus predicaciones, cuando tenía siempre cola en el confesonario, de lo que Sanclemente se quejaba sin cesar. Respecto a la escasez de limosnas, lo que repite también muchas veces, tampoco es muy objetivo. Es verdad que los pueblos estaban en un estado de miseria que poco les permitía dar, pero también es verdad que las cuentas van reflejando los miles de reales recaudados y enviados al Hospital, una vez descontados los gastos.

Por fin, *la Sitiada* interviene, recordando al padre Juan que su misión es sólo la de limosnero, y para ello basta con una breve exhortación presentando a los fieles las necesidades del Hospital y estimulando su caridad para socorrerlas. Sanclemente sigue en sus críticas y llega a decir:

«Si se llega a despedir, nos hará un gran favor, y más a la Casa, pues para pedir limosna no es necesario ir con espada en mano, sí es con mucha monita y granjearse las voluntades de los sujetos que nos pueden favorecer.»



*Juan Bonal pisó todos los caminos quemado  
por la caridad*

El padre Juan, ciertamente, hablaba claro, no halagaba a la gente. Pero los sencillos le entendían muy bien, le abrían sus corazones y sus conciencias, y también sus bolsillos, de lo poco que tenían.

Como las quejas siguen llegando a Zaragoza, le ordenan que no se detenga más de tres días en cada pueblo. ¿Qué contesta él? Muy poco. Escribe al secretario del Hospital, por cuya mediación ha recibido la orden, desde Villajoyosa (Alicante), el 7 de marzo de 1818:

«Muy Sr. mío: Recibí la apreciada de vuestra merced, muy atrasada, y a ella respondo que pondré en práctica lo dispuesto por la Ilma. Sitiada, sin embargo que, Dios mediante, evidenciaré lo que hay sobre este asunto. Y bien creo que la Ilma. Junta, deseosa de la verdad, verá con claridad la cosa. Disponga de su muy amigo y servidor, Juan Bonal.»

Hace falta mucha paciencia, mucha humildad, mucho aguante, para reaccionar así. A simple vista, ¡qué distintas las cartas del padre Juan! Ni una queja, ni una crítica hacia nadie. Pero el tiempo le dará la razón.

Al fin llega la orden perentoria de regresar «camino recto» a Zaragoza, y toda la comitiva se pone en marcha. El 2 de julio de 1818 ya están allí, después de once meses de duro peregrinar. Nada se sabe del recibimiento ni de qué podría alegar el padre Juan ante tantas acusaciones como habían llegado por delante. Sería muy interesante poder confrontar sus razones con los duros juicios de Sanclemente, pero sólo puede intuirse y deducirse de los hechos: el padre Juan seguirá siendo el veredero, el limosnero de confianza del Hospital, siempre disponible, siempre dispuesto al sacrificio hasta el final. Los demás desaparecen de la escena sin dejar rastro. Era un oficio demasiado

duro para realizarlo por un salario, sin esa vocación que a él le urgía y le impulsaba a entregar su vida sin medir tiempo ni trabajos.

Todavía a su llegada subsisten los problemas con las cuentas de la vereda anterior. Se llega a un injusto arreglo con el padre Juan, para quien la justicia y la caridad están siempre por encima de sus propios intereses. Bajo el título de «Arreglo con Mosén Bonal», consta en acta del 7 de enero de 1819:

«Por lo que hace a Mosén Juan Bonal, que por razón de los cruzados y diferencias que hubo en las cuentas de las personas de quienes se valió en las anteriores cuestaciones, deje a beneficio del Santo Hospital lo correspondiente a la gratificación que podría pretender, la cantidad equivalente a la distribución del coro en el tiempo que se ha empleado en la última postulación, y una cédula de seis meses de su dotación, de forma que, teniéndola cobrada hasta el fin de 1814, empiece a percibir la correspondiente a los seis últimos meses de 1815.»

Es decir, a principios de 1819 «sólo» hacía cuatro años que el padre Juan no había cobrado un céntimo de su módico salario. Ese era el estado del Hospital y esa era la generosidad de este hombre de Dios que no actuará nunca por otro interés que el del auténtico amor a los pobres.

## NUEVAS RUTAS

Poco tiempo llevaba el padre Juan de nuevo en su puesto de capellán, después de su larga vereda, cuando, ante la dificultad en despachar los billetes de la rifa de alhajas que hacía cada año el Hospital, se acuerdan de él. Su campaña tiene éxito y a *la Sitiada* le parece que podría salir a otros pueblos de la provincia. Sin séquito ni planes complicados, seguía aportando recursos en aquella poca

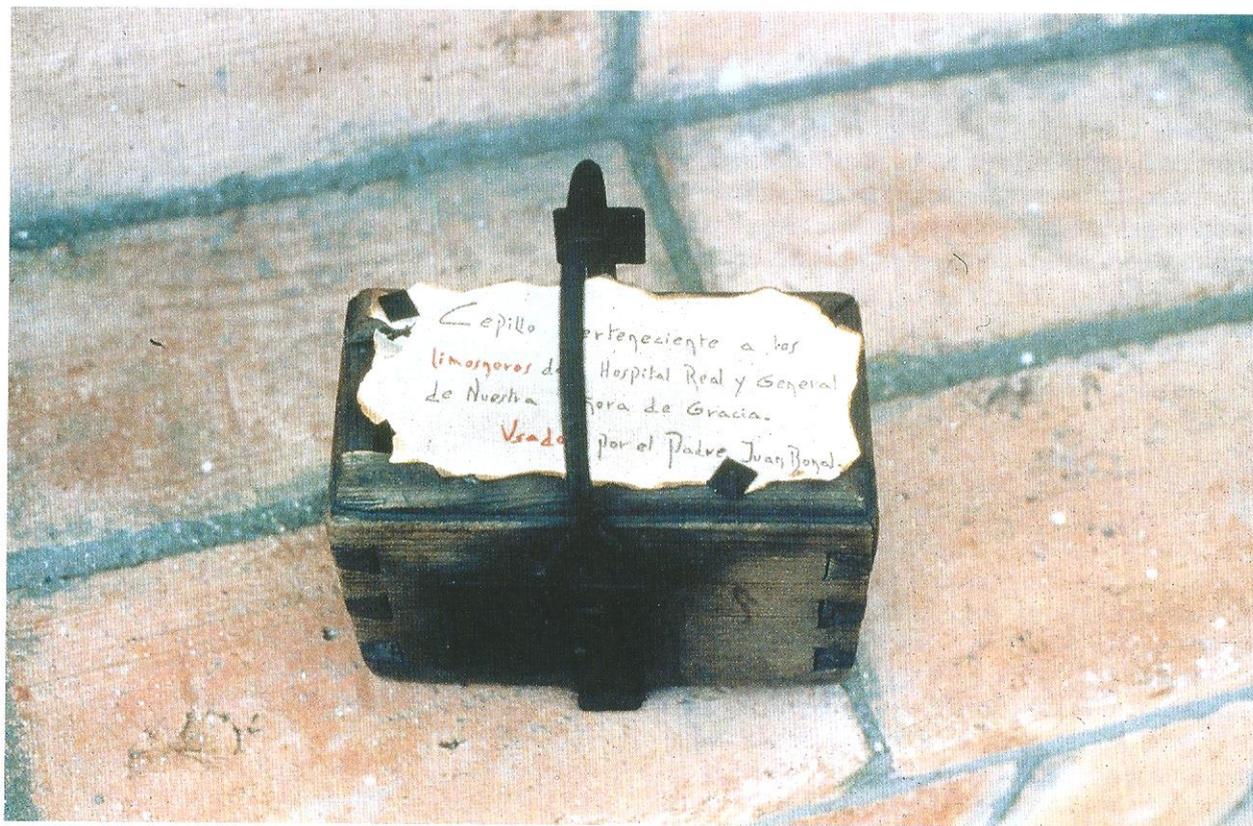
grata tarea de pedigüeño, para aquel centro siempre en la última miseria. Las recientes acusaciones habían quedado olvidadas, e incluso aquello de que se le acusaba se alega ahora como mérito en despachos impresos. Aludiendo a sus correrías anteriores, se dice:

«Logrando una asistencia más que ordinaria de las gentes, concluyendo sus sermones con un llanto universal, resultándole de ellos un confesonario muy concurrido en los días que podía permanecer en cada pueblo, y otros buenos efectos que produce la divina gracia en los corazones que oyen con gusto y sencillez la divina palabra.»

Ahora *la Sitiada* se fía de él y le deja elegir para acompañarle a las personas de su confianza. Por estas fechas, en pleno Trienio Liberal, elegirá como compañeros a varios religiosos, como un cartujo y un trapense, que se habían visto obligados a dejar sus conventos por el decreto de disolución de órdenes religiosas, en octubre de 1820. Su inagotable caridad le impulsa también a ayudar a los religiosos y sacerdotes en situaciones difíciles y, con frecuencia, los propone o recomienda al Hospital.

Pide y obtiene de los obispos, del Nuncio, licencias para confesar y para absolver de pecados reservados. Una ley civil había puesto en manos de los obispos las dispensas para contraer matrimonio sin recurso a Roma. Por este motivo, se habían hecho a veces las cosas con poca claridad y regularidad. Esto creaba muchos problemas de conciencia con los que se encontraba el padre Juan en el confesonario, y él sentía el dolor de no poder concederles, en su paso fugaz por los pueblos, el perdón y la paz.

Junto a los frutos espirituales, que sólo Dios puede medir, las cuentas reflejan escuetamente los recursos materiales que el esfuerzo constante del padre Juan proporciona sin cesar al Hospital. En 1822 han sido más de veinte mil los reales ingresados por él.



*El «cepillo» que tanto sabe de las correrías del padre Juan*

Las salidas siguen siendo continuas. Una, especialmente prolongada, va del 15 de noviembre de 1823 al 7 de agosto de 1824, con felices resultados económicos: treinta y cinco mil reales en total. Por las licencias de celebrar, confesar y predicar que solía solicitar de camino, se sabe que recorrió en esta vereda tierras de Gerona, Sigüenza, Tarazona, Jaca, Barbastro y Navarra, al menos.

En septiembre de 1824 ya se dispone a una nueva expedición y recurre de nuevo al Nuncio. Recordando su anterior solicitud y concesión, solicita facultades más amplias, como lo exigían las circunstancias que iba conociendo por experiencia. Sus propias palabras reflejan la profunda piedad y compasión que le animaban:

«También es patente a V. Em. que nuestro misericordiosísimo Dios, que quiere la conversión de los pecadores más abandonados, toma por instrumento de la de muchos de éstos a los predicadores, en especial a los que misionan, que por un común, al paso que afean y ponderan la enormidad y gravedad de los pecados, convidan a todos a una santa paz, perdón y penitencia. A cuyas resultas se presentan no pocas veces penitentes movidos del sermón, con ánimo de exonerar sus conciencias, de confesar la gravedad y enormidad de sus pecados, y confiando encontrar consuelo y facultades en el predicador y confesor para absolverles y dirigirles al puerto seguro de salvación. Y si algunas veces el misionista se encuentra sin las facultades extraordinarias y ha de dejar al penitente sin absolución, se llena de sentimiento, y en especial si es de alguno de aquellos que jamás habían manifestado sus llagas al médico espiritual; y teme que el dicho penitente tendrá rubor de confesarse con el Señor Cura Párroco u otros confesores circunvecinos, para que éstos acusen a V. Em. o Ilmos. Prelados en los casos que les competen para el logro de las facultades de absolverle.»

Para el padre Juan tan importante era la miseria espiri-

tual, que intentaba remediar con su palabra y su acción sacramental, como la miseria material que podía paliar con sus limosnas. El Nuncio volvió a responder con generosidad concediéndole la facultad de absolver de pecados reservados a la Santa Sede y de dispensar del voto simple perpetuo de castidad. Si en su tarea de limosnero el padre Juan pudo contemplar la variedad de paisajes de media España, tuvo ocasión también de profundizar en los insondables misterios en claroscuro del corazón humano.

Esta nueva vereda se inicia por tierras de Sigüenza, e ingresan en caja unos veintinueve mil reales, fruto de su peregrinar por este obispado y los de Cuenca, Burgo de Osma, Jaca y Zaragoza. Unos trescientos pueblos en total. Regresa en abril de 1825 para volver a salir de nuevo en agosto.

Casi un año caminará sin descanso, esta vez recorriendo más de cuatrocientos pueblos de Teruel, Cuenca, Guadalajara, Burgos, Palencia, Castellón y Valencia. Un incidente penoso de esta vereda, uno más de los que ensombrecieron el duro peregrinar de este apóstol y amigo de los pobres, es la detención de uno de sus ayudantes por no llevar los documentos en regla. Tiene que intervenir *la Sitiada* para conseguir su puesta en libertad. En un tiempo en que pululaban por la geografía española los limosneros de cofradías e instituciones de caridad, no serán raros los tropiezos y disgustos serios que encontrará en sus veredas y en los que se verá implicado el padre Juan por parte de las autoridades competentes, a pesar de ir cargado de permisos, certificados y toda suerte de acreditaciones. Sufrimiento añadido a las inclemencias de aquellos viajes interminables a lomos de malas cabalgaduras.

Su acción misionera se veía afianzada y reconocida por los prelados en la concesión de licencias que, dentro de su oficialidad, contienen con frecuencia frases elogiosas. Por ejemplo:



*Estampa que distribuía el padre Juan en su peregrinaje por los pueblos*

«Siga usted trabajando con el ardiente celo que le anima en el ministerio de la reconciliación de los hombres con Dios seguro de la consideración y respeto de este su seguro servidor y capellán» (el obispo de Sigüenza).

"Penetrado del desinterés, celo infatigable y cabal desempeño en otras semejantes ocasiones del referido Presbítero D. Juan Bonal..." (el obispo de Palencia).

«Celebro que usted se ocupe con tanto celo en una obra tan meritoria a los ojos de Dios y tan provechosa a la humanidad, como es la recolección de limosnas para el Hospital general de Zaragoza; y alabo su celo en predicar la palabra de Dios a los pueblos, dispensándoles así una limosna espiritual que siempre se necesita» (el obispo de Calahorra).

«Espero en Dios nos veremos en ella [Zaragoza] y que entretanto le prosperará en sus trabajos sacerdotales y piadosa postulación que le deseo feliz, y mucho más aún la conversión de las almas que con tanto celo procura usted, cooperando a la singular gracia que el Señor le ha dado para esto. Verdad es que estos penosos ministerios le ocasionan grandes disgustos y sacrificios, pero no es menos cierto que Dios nuestro Señor en premio a su constancia inquebrantable y conformidad en todo lo que le sucede con su divina voluntad, hace que sus trabajos sean fecundos y usted mismo vea con gran consuelo el fruto que hace en las almas por cuantas partes pasa» (del obispado de Burgos).

Durante los años 1826-1827 sigue su recorrido incesante por los más apartados rincones de la geografía española: pueblos de Zaragoza, Teruel, Palencia, Valladolid,

León, Abadía de Ampudia, Medina del Campo, etc. Más de cuatrocientos pueblos y una limosna que supera los ciento veinte mil reales. Por estas fechas, en septiembre de 1826, el padre Juan es nombrado teólogo y examinador sinodal de la Nunciatura. Pero los incidentes en su caminar siguen siendo frecuentes y graves.

El secretario del obispo de Palencia le avisa con toda reserva que la Chancillería de Valladolid ponía en duda la legitimidad de su cuestación:

«Por encargo del Sr. Obispo mi Amo, como hijo que es de esa Ciudad y entusiasta admirador de su heroica y ejemplar vida, pongo en su noticia que en esta Secretaría de Cámara de mi cargo se ha hecho sabedor al Sr. Obispo de orden del Sr. Caballero Corregidor de la misma, un oficio dirigido a éste por la Real Chancillería de Valladolid, inquiriendo e investigando en virtud de qué mandato o autoridad civil procedía usted a la cuestación de la limosna de los doce reales respecto de las personas que se alistaban cofrades del Hospital de Gracia, añadiendo en dicho oficio que, si usted no lleva autorización en forma por la indicada Autoridad, se proceda a la ocupación de los efectos y arresto de usted.

«En vista de esto, me dirijo a usted por orden de mi Señor con la mayor reserva a fin de que, valiéndose de esta noticia, trate de asegurarse en un todo (si ya no lo está de antemano), procurando por todos los medios evitar cualquier ocasión de disgusto en la materia, aunque suponemos desde luego que usted estará autorizado en toda forma, así como lo está de Monseñor Nuncio de estos Reinos.»

Tiene que intervenir *la Sitiada* enviando una extensa documentación que figura bajo el título «Representación que se hace a la Chancillería de Valladolid con motivo de

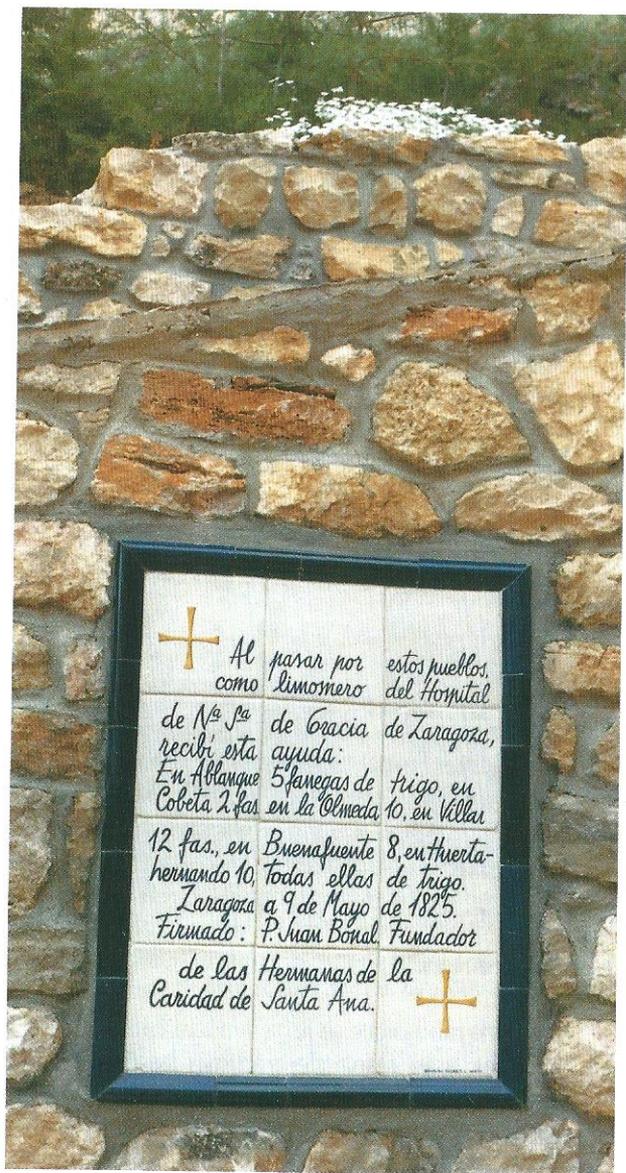
cierta orden que dio acerca de la cuestación que hace en las Castillas el P. D. Juan Bonal, Pasionero del Santo Hospital, con el principal objeto de construir un departamento de dementes en el mismo».

Este será el objetivo ambicioso de las últimas veredas del padre Juan, sobre el cual él mismo había presentado un plan a *la Sitiada*. Su gran caridad le lleva a preocuparse de esos seres indefensos, materialmente hacinados en el Hospital, a falta de una «habitación decente», más de doscientos en número, de todas las regiones de España. Para estos destinatarios desconocidos para él, que no se lo pueden agradecer, trabajará y se fatigará los últimos años de su vida.

La representación de *la Sitiada* tiene un resultado positivo y se dicta una providencia para que no se le impida la cuestación, antes bien se le auxilie del modo más conveniente y digno del fin a que se dedica.

Por el plan presentado para esta vereda extraordinaria, se sabe que el propio rey Fernando VII había contribuido con cuarenta mil reales, pero se habían empleado en mejorar la situación de los dementes llamados distinguidos, o de pago. La intención social del proyecto del padre Juan es mucho más evangélica: mejorar las condiciones de vida de los dementes «de toda clase», con la construcción de un nuevo edificio. En este proyecto pone toda su ilusión y entrega. Así se expresa en una carta al secretario del Hospital, don Agustín Sevil:

«Conviene mucho que se haga la nueva habitación para los dementes, y así resplandecerán más las glorias de la Virgen de Gracia como Madre de los pobres [...] Así no hay que desmayar. Hemos de creer que el proyecto es obra de Dios, la que consolidará por los ruegos de su Madre la Virgen Santísima y perpetuará por el consuelo de los pobres sus hijos.»



Estas piedras guardan el recuerdo del paso del limosnero del Hospital

Aragón, Navarra y Castilla serán el escenario de sus veredas en 1828, año anterior al de su muerte. En Navarra tiene lugar un nuevo percance grave, por cuestión de papeles y autorizaciones. El lo va contando, sin darle demasiada importancia, en cartas oficiales al secretario del Hospital, que van presagiando el desenlace final. Por ejemplo:

«Gracias a Dios que llegaron las licencias originales a mis manos, después de haber tenido ya dos tropiezos; y el uno fue de tal calidad, que se me impidió hasta celebrar. En estos casos debe reinar la paciencia y prudencia.»

Desde luego, de ambas cosas demostraba tener en abundancia el padre Juan: paciencia, prudencia y optimismo también, porque en esa misma carta se mostraba esperanzado respecto al éxito de la postulación. Pero una orden terminante del Consejo Real de Navarra viene a truncar esas expectativas. No sólo le prohíben seguir pidiendo, sino que se le incauta todo lo ya recogido. La angustia de esos momentos se revela en una nota que providencialmente quedó entre las páginas del libro de cuentas, desahogo lleno de sinceridad y mansedumbre, que seguramente sólo con aquel papelillo compartió, no haciendo alarde de sus sufrimientos, como era su costumbre. Así escribe el padre Juan:

«Viene la Justicia, me arrebató los papeles y me lleva a la Casa de la Villa (todo sea por amor de Dios) con silencio por Calles y Plazas, y en ella me dicen tienen orden del Supremo Consejo para impedirme el pedir y cobrar, y que cuanto he hecho en éste y otros pueblos está prohibido, y ha de volver a sus dueños el dinero, trigo, etc. Gran Dios, dadme paciencia. Solicito una noticia de la orden con vivas y reiteradas instancias, y quizá con imperio (Jesús nada consigo); dicen mañana; vamos a descansar, pues son las

11 de la noche. Vuelvo a las 5 y cerca de las 9 me dan audiencia; consigo prohibición. Incluyo copia para que la Ilma. Sitiada obre en orden a ella.»

El 15 de septiembre, el padre Juan estaba en Zaragoza e informaba personalmente a *la Sitiada* de la orden y de su cumplimiento, a pesar de que contaba con el permiso del Consejo, licencia del obispo de Pamplona y hasta una real gracia concedida recientemente por Fernando VII.

*La Sitiada* prepara un amplio informe dirigido al Consejo de Navarra y escribe al obispo. Da cuenta de los muchos navarros enfermos, dementes, expósitos, etc., que hay en el Hospital de Zaragoza y suponen al año un gasto de casi sesenta mil reales. En este informe se dice:

«No obstante que el Presbítero D. Juan Bonal desempeña esta penosa y ardua comisión gratuitamente y por puro celo y caridad por los pobres, y que sus ayudantes perciben una módica retribución.»

Por fin, el 4 de noviembre de 1828, el Consejo de Navarra autoriza la cuestación y ordena que se devuelvan las limosnas retenidas. El padre Juan escribía comunicando la grata noticia, lamentando las pérdidas y atrasos sufridos para la construcción del nuevo edificio de dementes y los desprecios de que fueron objeto muchos de sus colaboradores en los pueblos. Sus propios sufrimientos, que no cuenta, ya quedaban asumidos y ofrecidos a Aquél por quien se desvivía y trabajaba y a quien veía en el pobre.

A pesar de estos tropiezos, seguían ingresando constantemente cantidades importantes en la caja del Hospital, procedentes de la cuestación extraordinaria del padre Juan. A finales de 1828 se anotan más de setenta y cuatro mil reales, y seguirán llegando más.

## LA ULTIMA VEREDA

El año 1829, último de su vida, seguirá sin desanimarse recorriendo caminos. Sus veredas, con fieles colaboradores, habían tomado cuerpo y estabilidad. *La Sitiada* se fía plenamente de él y no escatima elogios, como éste:

«Sujeto de nuestra confianza, que se ha merecido el aprecio de los Ilmos. Prelados en cuyas diócesis ha predicado, como lo patentizan los incluso documentos, y ha llenado de satisfacción a las Justicias Seculares, pues nos consta que, además de haber predicado penitencia a las gentes, ha inculcado la paz santa y la unión fraternal tan necesaria en estos tiempos.»

Sus últimas correrías discurrirán por La Rioja, mientras sus ayudantes andaban por tierras de Castilla y hasta puntos del País Vasco. El es el promotor y coordinador de aquel complicado proyecto, demostrando sus grandes dotes de organizador, con personas sencillas y fieles que le profesan veneración y respeto, pero, sobre todo, su capacidad de entrega y olvido de sí.

La última carta que se conserva del padre Juan está escrita desde Elciego, en La Rioja alavesa, el 6 de mayo de 1829, y dirigida al secretario del Hospital, don Agustín Sevil. Se alegra de los éxitos de sus compañeros de vereda y hace de ellos un cálido elogio. No se desanima por las dificultades y sigue pensando en ir a Burgos y León. Da cuenta de dónde quedan depositados el trigo y otros productos que va recogiendo. Es casi un testamento que refleja ese olvido de sí y esa entrega absoluta a su gran obra de caridad.

Sobre él mismo decía muy pocas cosas el padre Juan, pero cuando escribe a personas de su confianza del Hospital, sobre asuntos de las veredas, deja entrever algo de sus sentimientos y peripecias o contrariedades, siempre valoradas desde la fe. Por ejemplo, en carta a su amigo

Limón de el cura y queitan  
de Molanquilla han traído

Camisas - . . . . . 2

Abriguados . . . . . 7

Reendas - . . . . . 8

Dinero

17. 25 de 1900

Unos pasos y otros

Juan Bonal Pina.

Las cuentas que nunca bastaban porque todo era insuficiente para tantos pobres y enfermos

don Fausto Sáenz, mayordomo del Hospital, después de darle cuenta de los resultados de la vereda, le dice:

«Me hice cargo de los calores que usted padece en las oficinas. Ofrecidos a Dios como usted lo hace, le servirán de un mérito imponderable en su divina presencia, pues el objeto no puede ser más noble ni grato a Dios. Yo también estoy andando con fríos y calores. Este invierno pasado, aunque han sido grandes, sin embargo de estar en tierra tan fría y del extraordinario confesonario que tuve en los tiempos más fuertes, no lo he sentido tanto como otros años, y creo sería por haberme arropado más que antes. Los calores sí que los he sentido en el camino y los he sentido ahora en ésta [Zaragoza], por venir de un país más templado en el verano que éste. Todo sea por gloria de Dios y se digne el Señor recibir estos trabajos en descuento de mis muchos pecados.»

Y así, en plena ruta, le llega la muerte (no le sorprende) en el santuario de Nuestra Señora del Salz, término de Zuera, a unos treinta kilómetros de Zaragoza, donde con alguna frecuencia se retiraba a preparar sus veredas o sus cuentas y en busca de silencio contemplativo. Aún hoy es un lugar solitario, lleno de silencio y paz, en un pequeño montículo desde el que se contemplan el río Gállego y su valle, en contraste con la tierra árida y seca que circunda el santuario. Allí, junto al sagrario y a la Virgen del Salz, preciosa talla románica, que puede contemplar desde un ventanuco de su celda, rinde su última jornada el padre Juan.

Al Hospital de Zaragoza llega la noticia de la gravedad del limosnero. El 17 de agosto, *la Sitiada* dispone que salgan inmediatamente hacia el santuario un médico, junto a la madre Tecla Canti, una de las fundadoras, y una Hermana joven, Magdalena Hecho, «para atender a su curación y asistencia». Nuevas noticias sobre su mejoría hacen concebir algunas esperanzas sobre su recuperación.

*La Sitiada* se alegra y se muestra generosa, acordando que se le auxilie en todo lo que necesite, asegurándole que «está dispuesta a contribuir en todo lo que pueda conducir al logro de su salud y bienestar». Pero aquella vida está ya muy gastada por las fatigas de tantos caminos, y su espíritu bien dispuesto para la última y definitiva vereda, esta vez hacia el encuentro con Aquél que iba a decirle: «Bienaventurado, porque tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, estuve desnudo y me vestiste...».

Las Hermanas de Zaragoza, ya desde el santuario, avisan a la Hermandad del Hospital de Huesca de la gravedad de su común fundador. Estas Hermanas piden permiso a la Junta para ir ellas también a asistirlo, aunque temen, como así fue en realidad, no encontrarlo con vida porque, al tiempo del mensaje, se le iba a administrar la santa unción. En reunión urgente, a las siete de la mañana, la Junta de Huesca concede el permiso solicitado «teniendo presentes los muchos beneficios que tiene recibidos este Hospital de este sacerdote». La superiora y otra Hermana se dirigen al santuario y allí se encuentran las dos Hermandades, para él siempre cercanas y queridas, como testimonio y reconocimiento de su primera vocación de fundador.

Esta última y trascendental jornada hacia el encuentro con el Señor la prepara el padre Juan tan serena y concienzudamente como las anteriores. Hace su testamento de lo poco que tenía que dejar: unos pocos duros y sus libros, en manos del cura de Zuera, actuando como testigos el médico y su fiel colaborador en las últimas veredas, don Fermín Redín. Manda celebrar una misa a san José, como figura en las cuentas de gastos del mismo Redín: «Cuatro reales de una Misa que se dijo a S. José por orden del P. Juan». Le administra los últimos sacramentos el mismo sacerdote, don Antonio Arruego, y, aunque en el testamento había dispuesto que su cuerpo fuera sepultado en la iglesia parroquial de San Pedro de Zuera, después, seguramente a



*Santuario de Ntra. Sra. del Salz, atalaya donde rezó y murió el Fundador de la Hermandad*

ruegos de las Hermanas, manifestó de palabra «que estaría gustoso que su cuerpo fuese sepultado en el Santo Hospital de Zaragoza, y así se efectuó». Sencilla y serenamente, con toda lucidez y paz, el padre Juan esperó la llegada del Señor, lo que ocurrió el 19 de agosto de 1829, cuando iba a cumplir sesenta años de edad.

Según su deseo, su cadáver fue trasladado a Zaragoza y enterrado en la cripta que se encuentra bajo la iglesia del Hospital, junto a los restos de la madre Rafols y de aquellas primeras Hermanas que él trajo de Cataluña aquel 28 de diciembre de 1804. Así recoge la noticia el acta de la *Sitiada* del 20 de agosto:

«Habiéndose dado cuenta del fallecimiento del P. Juan Bonal, de haberle traído desde el Santuario donde se hallaba, y de haberle enterrado en el día de hoy en la Iglesia de este Santo Hospital, atendiendo la *Sitiada* a los extraordinarios servicios que ha prestado en favor del mismo este celoso eclesiástico, acordó que el primer día hábil se cante un aniversario en la Iglesia de este Santo Hospital en sufragio por su alma, celebrando todos los eclesiásticos de él con caridad de 6 reales vellón; y que al propio tiempo se hagan oraciones en las salas de los enfermos de ambos sexos, pasándose las órdenes oportunas a dicho efecto.»

En una nota se da cuenta del cumplimiento de estas disposiciones y de que las Hermanas de la Caridad le hicieron celebrar otro aniversario unos días después. Aunque el Hospital reconocía ahora los extraordinarios servicios que le debía, las Hermanas no podían olvidar al que fuera su verdadero padre y fundador.

## **CARTAS DE RECOMENDACION QUE LLEGARON TARDE**

Lo que constituye el más elocuente testimonio en favor del padre Juan son las cartas *post mortem*, que no llega-

ron ya a sus manos y por eso se han conservado. Seguro que recibiría otras muchas semejantes y él, como es natural, las rompería después de leídas y atendidas en lo posible. Son un testimonio de cómo él, con su bondad y caridad, suscitaba la confianza entre la gente sencilla.

Con fecha 17 de agosto, cuando él ya estaba en la agonía, le escribe un párroco de pueblo (Estopiñén), recomendándole a una pobre mujer que ha perdido el juicio, para que ingrese en el Hospital, lo mismo que su hijo de pocos meses. También le dice el buen párroco que ha preparado un libro para la enseñanza del latín, y le sugiere que la imprenta del Hospital podría encargarse de su impresión y venta en favor de los pobres, con tal de que le dieran una docena de ejemplares.

Uno que va a presentarse a examen para entrar en la Real Audiencia le pide libros con un exceso de confianza, pues tras enumerar algunos que ha visto en su biblioteca, le dice: «... si puede usted desprenderse de ellos, me hará en fin mucho favor de regalármelos». Esto lo escribe quince días después de su muerte.

Las noticias se difundían entonces mucho más lentamente y siguen por algún tiempo llegándole cartas. Desde Los Barrios de Bureba, el 7 de septiembre, un padre le escribe pidiéndole recomendación para conseguir una media beca para estudios de su hijo en un colegio. Y, entre otras, hay una carta muy simpática, escrita desde Arenzana el 17 de septiembre, de una madre suplicándole colocación para sus dos hijos: «una administración o cualquier otra cosa» para el mayor y, para el pequeño, «aunque fuera paje del Obispo».

Estas cartas, sin destinatario en vida, son el más auténtico homenaje necrológico inconscientemente tributado por gentes sencillas que ha conocido en tantos pueblos recorridos, dejando a su paso una estela de bondad, confianza y amistad. Como dirá el historiador don Ignacio Tellechea:



*Habitación en la que, en comunicación directa con el santuario, murió Juan Bonal*

«Todo ello habla muy claro del interés de Bonal por los cotidianos problemas domésticos de la paciente España rural, y de la confianza que inspiraba su pródiga benevolencia, su corazón siempre dispuesto a ser caja de resonancia de la miseria ajena dondequiera que ésta se encontrase.»

Pero el mejor y más completo retrato de la fisonomía espiritual del padre Juan nos lo ha dejado su fiel compañero durante los seis últimos años de su vida, don Fermín Redín, en su carta escrita desde Zaragoza, el 24 de agosto, a otro compañero de veredas:

«Estimado amigo y compañero: Con lágrimas en los ojos, las que verterse al suelo quieren, noticio a usted el haberse muerto nuestro amado Padre Juan, que en gloria descansa, al que sin embargo que estará en ella, encomendaré usted a Dios así como yo lo hago.

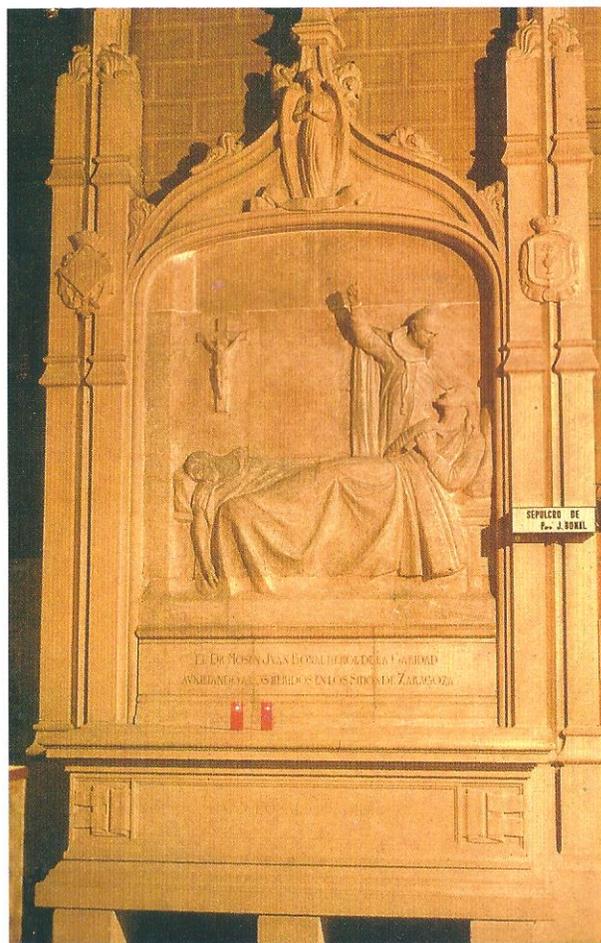
»El Señor nos alcance la gracia de imitarlo en sus heroicas virtudes, de las que tantos ejemplos nos ha dejado. La verdad que no se sabe qué virtud es más de admirar en él; todas me parece que se agrupan a porfía en tan santo varón, porque ¿qué fe tan grande no tenía? ¿qué confianza en la divina Providencia, qué humildad, qué espíritu de mortificación, qué caridad, qué prudencia, y sobre todo, qué amor a Dios? Dichoso él que con tanta fidelidad cooperó a las excelentes gracias con que nuestro Señor le dotó. Que él interceda con el Todopoderoso para que nosotros sigamos sus huellas, que no son otras que el sacrificio y la tribulación, pues que no son pocas las humillaciones y trabajos que hay que soportar para cumplir bien con este santo ministerio; pero llenar el gueco [sic] del Padre Juan, imposible. Sólo él, por ser tan santo como era. Estamos apenados todos los que hemos tenido la suerte de vivir con él por las pocas consideraciones que hemos tenido y ahora es cuando nos damos cuenta de la joya que hemos perdido. También el Hospital ha sufrido una gran

pérdida, porque, faltando las exhortaciones del Padre Juan que conmovían las entrañas más endurecidas, no se mostrarán los pueblos tan pródigos como lo han sido hasta la fecha.»

No ha quedado un retrato físico auténtico del padre Juan, pero mucho más valioso es este precioso retrato moral, hecho por una persona que lo conocía bien, pues había convivido con él y compartido sus fatigas por los caminos durante los últimos seis años de su vida. Este mismo compañero fiel presenta, a petición de *la Sitiada*, un informe completo de la última vereda. En él consta que se habían recorrido, por el padre Juan y sus ayudantes, setecientos cuarenta y siete pueblos, y que lo ingresado en caja ascendía a más de cien mil reales, sin contar lo que habían prometido pagar después de la cosecha por ingresos en la Archicofradía de Nuestra Señora de Gracia, que ascendía a ciento cincuenta y nueve mil cincuenta y tres reales. La recolección de esta siembra exigía, según Redín, la salida de diez comisionados y otros tantos criados con sus caballos, comprados éstos con los fondos de la vereda. *La Sitiada* acepta el plan pero sugiere que se vaya reduciendo el volumen, «mayormente faltando su director D. Juan Bonal».

Ciertamente, era difícil sustituir a este hombre que se hizo pobre para enriquecer a los pobres, como su Maestro, y a quien cuadran muy bien sus palabras: NADIE TIENE MAYOR AMOR QUE EL QUE DA LA VIDA POR SUS AMIGOS.

Durante muchos años, el Hospital de Zaragoza seguirá experimentando los efectos de una pobreza rayana en miseria, con períodos de especial gravedad en los que estuvo a punto de cerrarse. Como dice don Ignacio Tellechea, «el espectro de la miseria haría vivo el recuerdo del gigante de la caridad». A los cien años de su muerte, Zaragoza entera, autoridades y pueblo, rendían tributo de gratitud al padre Juan Bonal erigiendo una lápida en su honor:



*Aquí reposan los restos mortales del Fundador*



DESCANSE EN PAZ  
EL VENERABLE PADRE  
JUAN BONAL  
HEROE DE LA CARIDAD  
BIENHECHOR DEL SANTO HOSPITAL  
DE NTRA. SRA. DE GRACIA  
FUNDADOR DE LA CONGREGACION  
DE HERMANAS DE LA CARIDAD  
DE SANTA ANA  
MURIO EL 19 DE AGOSTO DE 1829  
LA PATRIA  
Y LA CIUDAD AGRADECIDAS  
LE DEDICAN ESTA MEMORIA  
EN EL I.º CENTENARIO DE SU MUERTE

Hoy, esta lápida se encuentra junto a su sepulcro, en la iglesia de la Casa General y Noviciado de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana, donde sus restos fueron trasladados el 20 de octubre de 1925, con los de la fundadora madre María Rafols, desde la cripta del Hospital donde fueron ambos sepultados. Pero en la iglesia de este Hospital, objeto de tantos desvelos del padre Juan, quedó también su recuerdo grabado en mármol:

EL REVDO. MOSEN JUAN BONAL  
FUNDADOR DE LAS HH. DE LA CARIDAD DE  
SANTA ANA  
PRODIGO SU ARDIENTE CARIDAD EN ESTE HOS-  
PITAL  
SU CUERPO SANTIFICO LA TIERRA DE ESTA  
CRIPTA  
DONDE DESCANSO DURANTE 90 AÑOS  
HASTA QUE FUE LLEVADO EN TRIUNFO  
A LA IGLESIA DEL NOVICIADO DE SUS HIJAS  
DIA 20 DE OCTUBRE DE 1925  
LA DIPUTACION PROVINCIAL DEDICA  
ESTE RECUERDO A SU MEMORIA

Hoy, aquella pequeña semilla que él sembró con tanta ilusión creció y llegó a ser árbol frondoso: la Congregación de Hermanas de la Caridad de Santa Ana, que quiere seguir viviendo ese carisma de caridad heroica que él vivió tan intensa y generosamente, lo mismo que la madre María Rafols y aquellas primeras Hermanas que dejaron en el surco sus vidas en flor, en la tremenda tragedia de los Sitios de Zaragoza. Cerca de tres mil Hermanas realizan su misión de caridad en veinticinco países de los cinco continentes.

«SI EL GRANO DE TRIGO NO CAE EN LA TIERRA Y MUERE, QUEDARA SOLO; PERO SI MUERE, DARA MUCHO FRUTO» (Jn. 12, 24).

Entre el numeroso cortejo de testigos de Dios en la Iglesia de los pobres, corresponde sin duda un puesto eminente a este mendigo de Dios por amor a los pequeños, a los pobres, a los marginados de la sociedad de su tiempo. Así lo reconoce don Ignacio Tellechea en el prólogo de su obra *Mosén Juan Bonal, Pasionero, Fundador, Limosnero*:

«Para valorar debidamente la gesta de caridad de Bonal, nada mejor que recordar un texto del Vaticano II a propósito de la misión de la Iglesia: "Y como esta misión continúa y desarrolla la misión del mismo Cristo, que fue enviado a evangelizar a los pobres, la Iglesia debe caminar, por moción del Espíritu Santo, por el mismo camino que Cristo llevó, es decir, por el camino de la pobreza, de la obediencia, del servicio y de la inmolación de sí mismo hasta la muerte, de la que salió victorioso por su resurrección" (Ad Gentes, 5). Tan alto ideal lo vemos plasmado en la vida de Bonal, colmada de pobreza, servicio, inmolación de sí mismo, y toda ella entregada a la caridad. ¡Mendigo de Dios por los enfermos!



*Veredas. Veredas. Veredas. Caminos hacia Dios*



»Nada produjo en el orden científico el antiguo alumno de las Universidades de Huesca y Zaragoza. No figura su nombre entre los sacerdotes que tomaron parte en los grandes acontecimientos políticos. Ni siquiera nos legó unas memorias en que volcase esa singular experiencia que produce en el alma humana el contacto permanente con el dolor. Ninguna compensación humana tiene su acción, como no sea la satisfacción del bien cumplido. Sólo tiene explicación, iluminada por las tres grandes virtudes cristianas: la fe, la esperanza y la caridad.

»La gesta de Mosén Bonal cobra especial relieve en momentos en que se redescubren las más puras dimensiones de la realidad cristiana y eclesial. Fue un auténtico obrero de la verdadera "Iglesia de los pobres". Los pobres, los "pequeñuelos" del Evangelio, en todas las formas del desvalimiento, fueron el objeto de sus preferencias y el campo invariable de su actividad. El lado menos amable de la sociedad se convierte en el escenario de su vida: enfermos, heridos, prisioneros, tiñosos, dementes, expósitos, gentes abandonadas, sin recursos materiales ni protecciones morales, en el Hospital; pueblecillos insignificantes, gentes sencillas y menesterosas, fuera del mismo. Ningún canon de eficacia humana, de influjo social o de prestigio,

podía dar pie a la menor tentación de vanagloria. La oscuridad, como clima; el dolor, como pan de cada día; fatiga, pobreza, desprecio, como compañeras inseparables, amasan una vida gastada al servicio de los demás. Fue el suyo un cristianismo sin oropeles, difícil, macizo, de hondas raíces evangélicas, de heroicas virtudes cristianas. Imitador de Jesucristo, Bonal "pasó haciendo el bien" (Act. 10, 38), muchas veces a destinatarios de carne y hueso, mas para él casi sin rostro ni nombre, con escasas posibilidades de ostentosa gratitud. Esparció a boleo en las almas la semilla de la bondad, un lejano trasunto de la de Dios; esa semilla, cuyo sembrador olvidamos, pero que nos remite a la fuente de toda bondad. Precisamente por su concretísimo modo de inserción en el mundo, Bonal resulta un palpable *testigo de Dios* con un estilo inequívoco cuya validez es permanente.»

Párrafo que constituye una síntesis certera de la vida de un sacerdote santo, hecha por otro sacerdote que ha buceado en los archivos para extraer de los fríos documentos muertos la esencia de vida que rezuman. Ojalá siga siendo el sacerdote don Juan Bonal luz que alumbraba sobre el candilero y bendición para todos los que lo conozcan.

